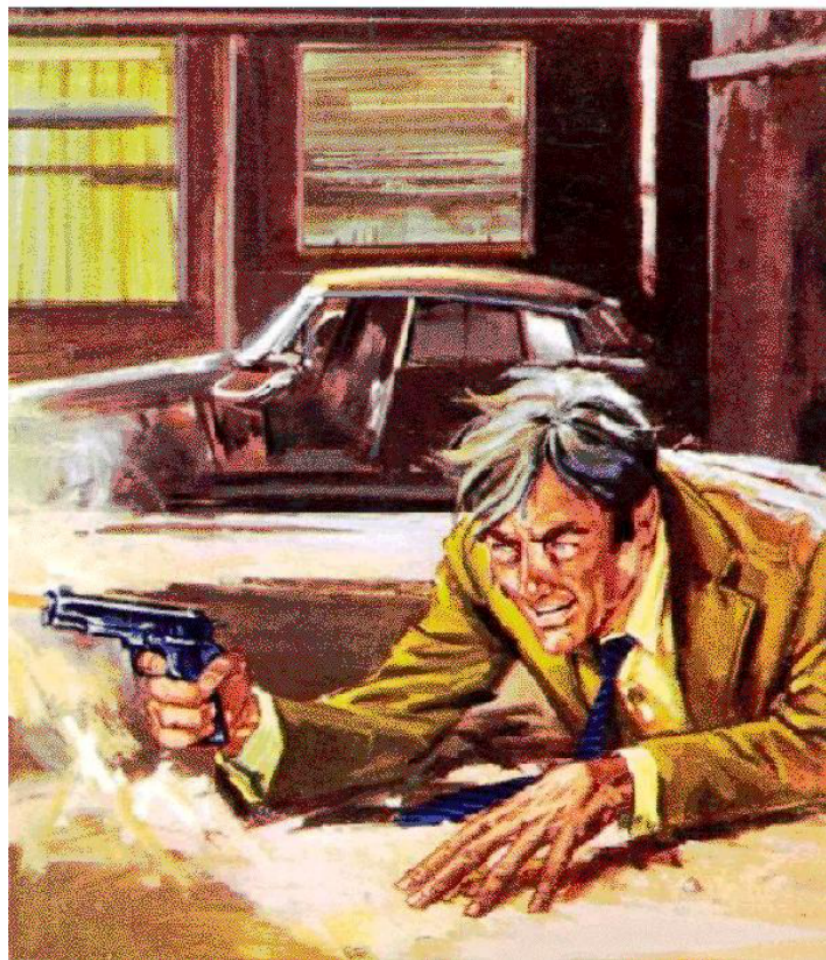




recuérdame y muere

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

RECUERDAME Y MUERE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 761
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 36.627 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: noviembre, 1976

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.371. — Un muerto de mucha clase.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

067. — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza.

En Colección KANSAS:

1667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

758. — Veneno para la señora.

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

916. — Ganó una mujer a los dados.

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA' PRADERA:

360. — Un ataúd de mil dólares.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5. — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

—Tengo hambre —dijo Lou Bates.

—Nos dejaremos caer por la oficina de Patrick Furness —contestó Duke Martin—. El nos adelantará un par de dólares.

—¿Hay alguien que tenga tan negra suerte como nosotros?

—No te quejes, Lou. Estamos sanos.

—Sí, estamos sanos; pero sólo nos queda una moneda de diez centavos... Y teníamos derecho a cien mil dólares... ¿Por qué el Gobierno nos los ha quitado?

¿Por qué? Siempre he oído decir que los que recuperan un botín tienen derecho a un diez por ciento de la recompensa.

—Escucha, Lou; lo que ha ocurrido no estaba previsto... Es cierto que solucionamos un caso de robo y asesinato y que nos correspondían cien mil dólares de recompensa, pero resultó que las gemas fueron robadas de un templo coreano y el Gobierno de aquel país ha intervenido por vía diplomática [1].

—Pero no tenían derecho a dejarnos sin un centavo... Nosotros nos jugamos la piel.

—No te quejes. Ya se arreglarán las cosas como otras veces se han arreglado. Poco después, los dos amigos entraban en la oficina de Patrick Furness, agente de Asuntos Varios.

—¿Cómo estás, Patrick? —preguntó Duke—. Pasábamos por ahí fuera y Lou y yo quisimos hacerte una visita.

Patrick Furness había quedado encogido en la silla, lo cual le daba mayor aspecto de ave de presa. Su cara palideció poco a poco.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Patrick? —dijo Lou—. Somos tus dos amigos, tus dos mejores agentes, casi dos hermanos...

Patrick Furness pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Basta, Lou! He vivido muy tranquilo durante estos últimos días sin veros... Y no tuve ni siquiera un lío. No me relacioné con

cadáveres. No recibí visitas de la policía...

Duke se sentó en el borde de la mesa.

—Nos iremos en seguida.

—¡Ya! —exclamó Patrick.

—En cuanto nos des trabajo.

—Yo tendría que estar loco para daros trabajo.

—¿Qué queja tienes de nosotros, Patrick? Lou y yo somos dos buenos muchachos...

—Yo te diré lo que me pasa, Duke... No quiero relacionarme más con casos de asesinato... Soy un agente de Asuntos Varios, pero entre mis asuntos yo no incluyo el crimen...

—Quiero darte una buena noticia, Patrick. Lou y yo también hemos prometido no relacionarnos más con los delitos de sangre. Se acabó la policía. Se acabaron los asesinatos. Para nosotros, hoy el mundo empieza a ser de otra forma. —Duke alzó la cara al techo—. Ya oigo cantos celestiales.

Patrick y Lou levantaron también la cara al cielo raso, pero ellos no oyeron nada.

Sin embargo, Lou dijo:

—Yo oigo el arpa.

Patrick Furness pegó otro puñetazo en la mesa.

—¡Maldita sea, han estado a punto de embaucarme! —sonrió lobunamente a Duke—. Pero esta vez no lo conseguiste, Martin.

—Vamos, Patrick. No has de ser tan rencoroso... Después de todo, nosotros te hemos dado fama y dinero.

—¡Oh, sí, mucha fama! Cada vez que trabajáis para mí, la policía me quiere meter en la cárcel. ¡Y un par de veces lo llegaron a conseguir! Muchas noches he tenido pesadillas... Me he despertado bañado en sudor, creyendo que me metían en la silla eléctrica.

—Un hermoso sueño —dijo Lou—. ¡Oh, perdón! Quise decir que siento mucho que no lo asasen. Ya me equivoqué otra vez.

Ahora Patrick se estaba poniendo lívido.

—Patrick, debes tener algún asunto para nosotros... Harás bien en contratarnos. Ya sabes que siempre te resultamos una buena inversión. Por cada diez dólares que cobras, nos pagas uno.

—Eres demasiado optimista, Martin —dijo Lou—. Yo diría que por cada diez dólares, nos paga veinticinco centavos.

Los ojos de Patrick parecían ir a salir de las órbitas.

—Anden, insúltenme todo lo que quieran. No van a conseguir nada de mí... Lou se tocó el estómago y dijo implorante:

—Patrick, por lo que más quieras, he de comer...

—Todos hemos de comer.

—Pero yo no puedo esperar más.

El semblante de Patrick cambió. Lanzó una risotada.

—Váyanse a la vía pública, pueden cantar o bailar, y luego pasan el platillo. Lou empezó a rodear la mesa con ánimo belicoso. Levantó sus manazas.

—¡Le voy a partir la cabeza como un coco, Furness! Patrick Furness lanzó un chillido:

—¡Duke, deteno! ¡Va a cometer un asesinato...!

—No puede cometerlo. Recuérдалo, Patrick. Desde ahora dejamos de relacionarnos con los delitos de sangre.

Lou bajó las manos sobre Furness, el cual se achicó en el sillón, reduciéndose a la mitad.

En ese momento se abrió la puerta.

Los tres personajes que estaban en la estancia quedaron quietos, Lou inclinado sobre Patrick, atrapándolo por las solapas.

Todos tenían motivo para haberse inmovilizado. Acababa de entrar la diosa de la belleza.

Era una pelirroja de unos veinticuatro o veinticinco años, muy esbelta, con unas curvas mareantes.

—¿El señor Furness? —dijo.

Patrick Furness levantó una mano, pero no lo hizo con mucha libertad.

—Soy yo, señorita... Perdone que nos haya encontrado así. Este empleado mío me estaba diciendo cómo atrapó a un ladrón.

Duke dirigió una mirada a Lou para que se apartase del agente de Asuntos Varios y el grandullón lo hizo, a regañadientes.

Furness se arregló la corbata.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Soy Brenda Lansbury. Pero disculpe, sólo quiero hablar con usted... Furness sonrió a los dos amigos.

—Mis empleados ya se iban.

—Sí, es cierto. Ya nos íbamos —asintió Duke—. A nuestro jefe sólo le restaba pagarnos los cinco dólares que nos debe por nuestro

último trabajo.

Patrick iba a soltar una maldición, porque no les debía ningún dinero, pero era mejor pagar y atender al cliente.

Sacó un billete de cinco dólares, que alargó a Duke Martin.

Éste se inclinó para tomar el billete y utilizó la mano izquierda para abrir la llave del dictáfono.

—Gracias, jefe —dijo, al tiempo que se guardaba el billete.

Lou estaba con la boca abierta, porque habría apostado de que su amigo no sacaría dinero esta vez de Furness.

—Vámonos, muchacho —dijo Duke.

Se dirigieron hacia la puerta y Duke hizo un saludo a la hermosa joven, antes de salir.

Cruzaron el despacho, en que trabajaba la secretaria de Patrick Furness, cuando éste podía pagar una secretaria, cosa que no siempre ocurría.

Duke abrió la puerta que comunicaba por el pasillo y la cerró desde dentro. Luego, atrapó a Lou del brazo y le empujó contra la pared.

Lou iba a hablar, pero Duke se puso un dedo en los labios, pidiéndole silencio.

Entonces pudieron oír, a través del dictáfono que estaba sobre la mesa cercana:

—Ya puede hablar, señorita Lansbury.

—Una amiga me habló de usted, diciéndome que era una persona muy discreta, señor Furness.

—Lo soy.

—Estoy siendo víctima de chantaje, señor Furness...

—¡No me diga! Una chica tan mona como usted...

—Creo que es por eso, porque he sido demasiado mona, señor Furness. Hace unos tres años posé para tal fotógrafo... Usted ya me entiende; esa clase de fotografías de las que una se siente avergonzada cuando llega a comprender cómo es realmente el mundo.

—No me explique más. Me hago cargo... Imagino el resto. Usted ha prosperado y ese fotógrafo bribón le está sacando la manteca. ¡Oh! Quise decir la plata.

—Sí, señor Furness. Así es.

—¿Cuánto le ha pagado ya?

—Diez mil.

—¡Caramba, es mucho dinero!

—El muy canalla me ha venido prometiendo que me daría los negativos con la última cuota, pero nunca ha cumplido su palabra...

—¿De qué forma le ha hecho los pagos?

—En proporciones de dos mil quinientos, pero ahora me ha pedido cinco mil.

—Señorita Lansbury, ¿por qué no acude a la policía?

—No puedo, y no me pregunte por qué.

—Está bien. No le preguntaré. ¿Qué quiere de mí?

—He traído los cinco mil dólares...

—De modo que está conforme con pagar.

—Sí, señor Furness, pagaré lo que él pide; pero esta vez no puedo consentir que me engañe. Por eso quiero que vaya usted, para que consiga mis fotografías a cambio del dinero. Le pagaré quinientos dólares por su trabajo. ¿Le parece bien?

—Bueno, es un poco arriesgado, pero me sacrificaré por los quinientos.

Lou mascolló entre dientes:

—Valiente bandido. Quinientos dólares por un trabajo de nada. Duke le apretó el brazo para que callase.

Oyeron un ruido de papel, y eso quería decir que Brenda estaba sacando los quinientos dólares.

—¿Quién es el fotógrafo, señorita Lansbury? —preguntó Furness.

—Mark Allyson.

—¿Dirección?

—Calle 34, Oeste, 172. Tiene un estudio en la cuarta planta, habitación 23. Duke hizo una seña a Lou.

—Vámonos.

Los dos amigos salieron de la oficina del agente de Asuntos Varios. Bajaron por la escalera hacia la calle.

—¡Eh, Duke! —dijo Lou—. Tú no harás lo que estoy pensando.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Que nos vamos a meter en un lío.

—Ella es una bonita chica y está siendo objeto de chantaje.

—Pero Furness ya se va a encargar de eso.

—¡Oh, sí! El va a pagar los cinco mil dólares al chantajista.

—Y los dará a cambio de las fotografías que esa joven quiere rescatar de manos del fotógrafo desaprensivo.

—¿Crees realmente que Furness podrá rescatar esas fotografías?

Lou fue a contestar, pero no lo llegó a hacer, porque, en honor a la verdad, no consideraba a Furness capaz de ajustar las cuentas al fotógrafo.

Ya habían llegado a la calle y Duke hizo una seña a un taxi.

Cuando estuvieron dentro, Duke dio la dirección que había oído de los labios de Brenda Lansbury.

Lou gimió:

—Logramos cinco dólares. Tres más de lo que habíamos pensado. Dile al conductor que se detenga en el próximo restaurante, Duke. Mi estómago ya no lo puede resistir más.

—Ten un poco de paciencia. Se me ha ocurrido un plan.

—Me asustan tus planes.

—Esta vez es la mar de sencillo... Le quitamos las fotografías a Mark Allyson y, cuando llegue Furness, haremos un trato con él. Tendrá que damos doscientos cincuenta dólares y él podrá presumir ante su cliente de haber resuelto el caso.

—Caramba, eso no está nada mal. —La cara de Lou se inundó con una sonrisa.

—Sabía que te gustaría.

—¡Doscientos cincuenta dólares! Es toda una fortuna... Duke, ¿me llevarás a ese restaurante donde cocinan langosta?

—Seguro, Lou. Y también podrás pedir asado y media docena de huevos revueltos, y...

—No sigas, Duke, por favor...

—Está bien. Ya estoy callado.

El taxista les anunció que habían llegado a su destino. Duke pagó la carrera y él y su amigo salieron a la calle.

El edificio en que Mark Allyson había instalado su estudio no tenía muy buen aspecto. Allí también se ubicaban oficinas y gabinetes de médicos y abogados de tercera categoría, o quizá de cuarta.

Subieron en un quejumbroso ascensor a la cuarta planta, y caminaron por un corredor hasta llegar a la habitación número 23. Sobre ella se leía: «Mark Allyson. Fotografía Artística».

Más abajo había otro cartelito: «Empuje. La puerta está abierta».

Duke empujó la puerta y pasó al interior, seguido de Lou.

Se encontraron en una pequeña sala de visitas, con muebles raídos. En una mesa vieron revistas muy manoseadas.

Al fondo había una puerta de cristal esmerilado. Duke también abrió esta puerta.

Se encontró en el estudio de un fotógrafo, pero no vio mucho, porque la estancia estaba envuelta en la penumbra, echadas las cortinas.

Tan sólo llegaba luz por un hueco del fondo, cercano al techo.

Un hombre estaba sentado ante una mesa, inmóvil, y parecía sonreír.

—¿Señor Allyson? —dijo Duke. El hombre no contestó.

—Eh, Duke. Se ha quedado dormido —dijo Lou.

—Nadie duerme con los ojos abiertos.

—Entonces, le hipnotizaron.

—También le ha podido pasar otra cosa.

Lou tardó un par de segundos en comprender lo que Duke quería decir.

—¡No, Duke, no puede ser...!

—Lo vamos a comprobar en seguida.

—¡No lo toques! Vámonos de aquí... ¡No hemos estado en este estudio! ¡Nunca estuvimos en él!

Pero Duke no hacía ningún caso de las palabras de su amigo. Ya había rodeado la mesa y tocó la espalda del hombre.

—¿Cómo está Allyson?

Mark Allyson se venció hacia delante y estrelló la cabeza contra la mesa. Duke dio un suspiro.

—Está muy mal. Fiambre.

CAPÍTULO II

—¡No! —Dio un chillido Lou.

—Calla, Lou, si no quieres que tengamos aquí al teniente Hunter y a los demás componentes de la Brigada de Homicidios.

—¡Ahora lo acabas de decir, Duke...! ¡Es cuestión de la Brigada de Homicidios y no de nosotros! ¡No hemos visto a este hombre antes de ahora! ¡No tenemos nada que ver con él...!

—¿De qué forma le habrán matado?

—De un tiro.

Duke tomó a Allyson por los hombros y lo levantó apoyándolo en la silla. Le examinó detenidamente.

—No, Lou. No tiene herida de bala.

—Cuchillo.

—Tampoco.

—Duke, ya sé lo que le pasó.

—¿Qué cosa?

—Estaba emocionado porque iba a recibir los cinco mil dólares y le dio un ataque al corazón. Es lo que nos pasaría a nosotros si alguien nos dijese que íbamos a recibir cinco billetes de los grandes.

—No, Lou, no puede ser eso... Allyson estaba acostumbrado a cobrar grandes cantidades... Recuerda que le sacó diez mil dólares a la hermosa Brenda.

—Duke, tú dirás lo que quieras, pero cualquier persona está expuesta a una hemorragia cerebral, o a que se le pare el corazón en cualquier momento.

—Sí, eso es cierto.

—Pues ahí lo tienes. Caso solucionado. Vámonos.

—Espera.

—¿A qué tengo que esperar, Duke?

—Furness debe estar ya cerca de aquí.

—¿Y qué?

—Se va a encontrar con el lío.

—¡Que se lo encuentre! El representa a un cliente. Nosotros no representamos a nadie.

—Se me ocurre algo.

—No, Duke, por favor. Cada vez que se te ocurre algo, nos acercamos más a la silla... Recuerda, íbamos a visitar el restaurante donde sirven esas langostas.

—Ayúdame.

—¿A qué te tengo que ayudar?

—A trasladar el cadáver.

—¿Para qué?

—Yo voy a ocupar su lugar.

—¡Oh, no! No haremos tal cosa.

—Calla y espera. No hay ningún peligro. Furness es un amigo nuestro y debemos proteger a nuestros amigos.

Lou ayudó de mala gana a Duke.

Dejaron el cadáver en el suelo, en la zona más oscura. Duke abrió una puerta y dio vuelta al conmutador de la luz. Se encontraron en un cuarto oscuro de fotógrafo.

—Eh, Lou; tú te vas a quedar ahí dentro. Pero debes estar preparado.

—¿Preparado para qué?

—Voy a montar un número en obsequio de Furness. En un momento determinado, él me golpeará. Iré a parar cerca del cadáver, pero entraré contigo.

—¿Y luego?

Duke cruzó el pequeño laboratorio y abrió una puerta que había a la derecha. Era otra salida al corredor.

—Escaparé por aquí.

—No entiendo nada.

—Ya lo comprenderás luego, Lou. Debes atenerte a mis instrucciones para que Furness no te oiga.

—Está bien, no me oirá. Pero ¿sabes lo que te digo? Esto no me gusta ni pizca... No podré resistirlo más de cinco minutos, Duke.

Martin volvió junto a su amigo y le dio una palmada.

—Anímate, Lou. Pronto tendremos dinero y podrás comer langosta.

Dio la vuelta al conmutador de la luz, oscureciendo otra vez el

laboratorio. En aquel momento oyeron abrirse la puerta exterior.

—Ahí está Furness.

—¡Sólo cinco minutos, Duke! Recuérdalo.

Martin ocupó la silla en que minutos antes se encontraba el cadáver. Vio una goma de borrar y se la metió en la boca.

En ese momento entró Patrick Furness.

No pudo verle la cara debido a la semioscuridad que reinaba en la habitación, pero el tipo del agente de Asuntos Varios era inconfundible.

—¿Mark Allyson? —dijo Furness, con voz insolente.

—Sí —contestó Duke, con su goma de borrar en la boca—. ¿Quién es usted?

—No hacen falta los nombres —contestó Furness, como un mal actor de una mala comedia.

—No le comprendo.

—Lo va a entender en seguida, señor Allyson. Furness avanzó hacia la mesa.

—No se acerque más. No acostumbro a dar confianza a los desconocidos.

—Para lo que vamos a hablar, podemos ventilarlo desde esta distancia, señor Allyson.

—¿Qué es lo que vamos a ventilar usted y yo?

—Vengo en representación de una joven que usted conoce. El nombre de ella es Brenda Lansbury, y usted le está haciendo chantaje. ¿Me explico bien?

—Como un libro abierto.

—Ella me ha comisionado para que le traiga el dinero que pidió.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

—Es usted un puerco.

—¿Eh?

—No son dos mil lo que le dio ella, sino cinco mil. Furness carraspeó.

—Bueno, pero usted me hará una rebaja.

—Le voy a pedir diez mil...

—¡Esto es una canallada! ¡Un atropello! ¿Cómo puede hacer usted eso con una chica tan seductora?

—Calle y pague, bocazas.

—Todavía no le he dicho hijo de perra. Duke se levantó y rodeó la mesa.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —gritó Furness, lleno de miedo.

—Le voy a romper la cara. Eso para empezar.

—¡No! —gritó Furness, levantando el brazo más para defenderse que para atacar. Pero Duke puso la cara en el camino del puño de Furness.

Recibió un pequeño golpe y él exageró el resultado.

Retrocedió, mientras lanzaba un grito, y fue a desplomarse en la parte más oscura, junto al cadáver de Allyson.

Lou cumplió su parte, porque tenía la puerta del cuarto abierta y Duke se coló por ella con suavidad.

Lou empujó la puerta, dejando un resquicio para que pudiesen oír.

—Eh, señor Allyson... —dijo Furness—. Usted ha sido el culpable de todo esto... Yo venía a pagarle...

No le contestó nadie.

—Señor Allyson, ¿qué le pasa?

Oyeron los pasos de Patrick aproximándose al lugar en donde creía haber enviado a su rival.

—Hable, señor Allyson... ¡Cielos! ¡Está muerto! ¡He sido yo! ¡Le he matado!

—Espera aquí, Lou —murmuró Duke.

Salió por la puerta que comunicaba con el corredor y encendió un cigarrillo.

Entonces fue otra vez hacia la puerta principal, donde estaban los dos rótulos de Mark Allyson.

Esperó unos segundos y abrió.

Patrick Furness casi se dio de bruces con él.

El agente de Asuntos Varios lanzó un grito. Estaba pálido como un muerto.

—¿Qué te pasa, Furness?

—¿Qué haces aquí, Duke?

—Te vine siguiendo... No me gustó el aspecto de tu cliente y pensé que quizá te iba a meter en algún enredo... Esas chicas bonitas traen malas consecuencias. Cuando menos lo espera uno, y si se descuida, se encuentra con la soga al cuello.

Furness se llevó instintivamente la mano al cuello y gimió.

—¿Te sientes mal, Furness?

—¿Yo? ¿Por qué he de sentirme mal?

—Pareces Drácula antes de haber bebido la ración de sangre... Seguro que si te pincho con un alfiler, no te encuentro ni una gota...

—¡Estás equivocado, Duke! ¡Estoy la mar de bien!

—¿Ya terminaste tu asunto con ese señor Allyson?

—Claro que sí. Ya lo terminé.

—Pues eres un tipo muy rápido, porque sólo has estado dentro tres minutos. Cada vez me gusta menos el aspecto que tienen tus ojos.

Patrick tragó saliva.

—Duke, tengo que hacerte una confesión.

—Habla, Patrick... Habla...

—Está muerto.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Allyson!

—¿Cómo le mataste, Patrick? ¿Pistola o cuchillo?

—¡No! —gritó Furness—. No fue así... Fue todo casual... Yo sólo levanté el brazo. Te lo juro, Duke... El tropezó...

Duke tomó a Furness del brazo y le empujó hacia el interior.

Fueron a la oficina donde estaba el cadáver de Allyson, pero esta vez Duke dio la vuelta al conmutador de la luz.

Furness gritó otra vez al ver el cadáver:

—¡Te juro que fue casual, Duke!

—¿Lo creerá la policía?

Al oír aquella palabra, las piernas de Patrick se doblaron. Se dejó caer en el sillón que estaba detrás.

Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que le llenaba la cara.

—Éste es el final para mí... Tienes razón... La policía no me creerá nunca. Dirán que yo le asesiné.

—Sí, Patrick. Confieso que el asunto está muy feo. Pero quizá yo lo pueda arreglar.

—¿Tú, Duke? ¿Tú harías eso por mí?

—Soy tu amigo, Patrick —dijo Martin, con voz melodramática.

—Claro que sí, Duke. Tú eres para mí como un hijo, el hijo que yo nunca tuve...

—Voy a necesitar dinero, papá.

—¿Cuánto?

—Pongamos... quinientos dólares.

—Claro que sí. Desde luego. Te los voy a dar ahora mismo.

Patrick sacó el fajo de billetes que había recibido de manos de Brenda Lansbury y deshojó cinco de a cien.

Duke guardó el dinero en su bolsillo.

—Anda, Patrick. Ya te puedes marchar.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Patrick.

—No te preocupes. Es mejor que no lo sepas.

—Sí, tienes razón. No me lo digas.

Patrick se puso en pie de un salto. Tomó la mano derecha de Duke y la sacudió frenéticamente.

—Eres el mejor hombre, el mejor amigo, el mejor hijo... Que el cielo te bendiga, Duke.

Luego de decir eso, Patrick Furness salió disparado de allí. Cuando la puerta se hubo cerrado, Lou salió del cuarto oscuro.

—No lo creería si no lo hubiese visto. Le sacaste los quinientos dólares a Furness.

—El dinero se ha hecho para que corra. Lou se frotó las manos.

—Demonios, pediré dos langostas.

En aquel momento se abrió otra vez la puerta y entró Patrick Furness.

—Eh, Duke —dijo—. ¿No te conté que vine aquí por tinas fotografías? No puedo irme sin ellas. —Se interrumpió al ver allí a Bates—. Eh, ¿qué haces aquí, Lou? ¿Dónde estabas?

Lou señaló el cuarto oscuro de donde había salido.

—Pasaba por ahí fuera y me dije, ¿por qué no echar una parrafada con mis amigos? Los ojos de Furness chispearon.

Dio un salto para acercarse más a Martin.

—¡Duke, tienes una marca roja en la barbilla! ¡Fue donde yo te golpeé! ¡Y ahora que recuerdo...! ¡Tu voz! ¡El que habló aquí se parecía mucho a ti...!

—No sigas, Patrick.

Furness le señaló con el dedo.

—¡Vosotros matasteis a Allyson, antes de que yo llegase! Confíesalo, Duke... Fue Lou. Seguro que fue él... Tiene fuerza en los puños para desmembrar a una res. Quiero mis quinientos dólares. ¿Lo oyes, bien, Duke? Ahora mismo me los vas a dar o...

—¿O qué?

—O llamo a la policía.

—Muy bien. Llama a la policía... Le contaremos, entre todos, una bonita historia. ¿Quién tenía que hablar con Allyson? ¿Quién fue comisionado para hacer el trabajo de Brenda Lansbury? ¿Quién tiene los cinco mil dólares que debía entregar a Allyson, a cambio de ciertas fotografías?

Furness estaba respirando como si hubiese hecho una larga carrera.

—¡Esto es una encerrona! ¡La peor que me han hecho en mi vida! ¡No podéis hacerle una faena así a un hombre que siempre os está echando una mano!

—Es mejor que no continúes, o me partirás el corazón.

Se abrió una vez más la puerta y entró un hombre de unos cuarenta años, alto, de rostro bien parecido.

—Caramba —dijo Duke—, esto parece la estación del «metro», a la salida de la oficina. El desconocido sacó la diestra del bolsillo y mostró en ella una pistola.

—¿Quién de ustedes es Allyson?

Lou señaló a Patrick Furness, diciendo:

—El es Allyson.

Entonces, el desconocido apuntó al pecho de Furness y exclamó:

—¡Buen viaje al infierno, señor Allyson!

CAPÍTULO III

Furness se había quedado sin habla y ya estaba a punto de recibir la bala que le iba a enviar con Satanás.

—¡Espere, amigo! —dijo Duke.

El desconocido había arqueado el dedo en el gatillo.

—¡No se meta en esto! —gritó.

—Tengo que meterme, para decirle que llegó tarde.

—¿Eh?

—Allyson ya está muerto.

El desconocido rió, enseñando unos dientes parejos y blancos.

—Usted se calla, payaso. Éste es Allyson, y yo me lo voy a cargar. Furness cayó de rodillas en el suelo.

—¡No soy Allyson!

—Está bien, Allyson —dijo el extraño visitante—. Le iba a partir el corazón de un balazo, pero, si usted prefiere que manche el suelo con sus sesos, es cosa suya.

Duke se apartó a un lado y señaló el cadáver que estaba en el suelo.

—Ahí tiene a Allyson.

Hubo unos segundos de silencio. El desconocido exclamó:

—¡No van a conseguir engañarme!

Patrick Furness estaba de rodillas y se fue a meter la mano en el bolsillo.

—¡Quieto, o le baleo!

—Sólo quería enseñarle mi credencial... Soy Patrick Furness, agente de Asuntos Varios... Vine a hablar con el señor Allyson, tenía que darle cinco mil dólares a cambio de unas fotografías...

El hombre de los dientes parejos y blancos se pasó la mano libre por la cara.

—¿Se siente mal, señor Lansbury? —inquirió Duke. El otro le miró con los ojos entornados.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Es la mar de sencillo. Patrick Furness fue contratado por la señora Lansbury para recuperar unas fotografías. A veces ocurren cosas como éstas... La buena esposa paga para que su marido no se entere de ciertas cosillas, pero resulta que el esposo está enterado. Y también, a veces, él decide cortar por lo sano...

Lansbury bajó el brazo armado y dio unos pasos hacia el cadáver.

—¿Quién de ustedes le mató?

—Nadie —repuso Martin. Lansbury levantó la cara.

—¿Va a decirme que se suicidó?

—No. No lo creo.

—¿Cómo murió, entonces?

—Quizá le envenenaron... ¿Cuándo llegó señor Lansbury?

—Ahora mismo. Usted lo ha visto.

—Pudo venir antes, matar a Allyson y marcharse.

—¿Qué dice?

—Se me ha ocurrido la idea de que todo lo suyo fuese una comedia... De que usted estuviese representando.

—¡Le voy a romper la cara por decir eso!

—¡Cuidado no se la rompa yo!

—¿Olvida que tengo una pistola?

—No la utilizará contra mí. Recuerde, vino sólo para matar a Mark Allyson, y si él ya está muerto, no necesita el arma para nada...

—Todavía no sé cuál es su nombre.

—Duke Martin, y éste es mi amigo Lou Bates. Somos empleados del señor Furness. Lansbury dio un suspiro.

—Entonces, formamos parte del mismo equipo. Ustedes están obligados con mi mujer, porque es su cliente. Ella les paga.

—¿Qué quiere sugerir con eso, señor Lansbury?

—¿Ya tienen las fotografías de mi mujer?

—No. Ninguno de nosotros las tenemos.

—Hay que buscarlas, luego nos marcharemos de aquí y dejaremos que otra persona descubra el cadáver de Allyson.

Patrick Furness se puso en pie.

—Es la primera cosa sensata que he oído aquí desde hace rato... Busquemos las fotografías cuanto antes y larguémonos.

—Espera un momento, Patrick —dijo Duke.

—¿Qué le pasa ahora, Martin? —preguntó Lansbury.

—No podemos registrar la habitación.

—¿Quién dice que no?

—Revolveríamos esto y la oficina quedaría en muy malas condiciones para que la policía de con el verdadero culpable... Y por otra parte, dejaremos nuestras huellas.

—No me convence. Si encuentran las fotografías de mi mujer, la policía pensará que fue Brenda quien mató a Allyson.

En aquel momento se puso a sonar la campanilla del teléfono que estaba sobre la mesa.

Furness gritó, asustado.

Todos permanecieron quietos.

Duke se puso en marcha hacia la mesa.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —inquirió Lansbury.

—Voy a hablar por el auricular.

—¿Se ha vuelto loco?

—Puede ser una llamada importante para Allyson.

—También le pueden llamar por una tontería.

—Lo sabremos en seguida.

Antes de que Lansbury se siguiese oponiendo, Duke atrapó el auricular.

—¿Sí?

—Hola, Mark —era una voz de mujer—. ¿Por qué tardaste tanto? Ya creí que no estabas ahí.

Duke soltó un gruñido.

—Querido, estoy en el restaurante La Tortuga. ¿Ya tienes eso?

—Sí.

—Entonces, debiste llamarme... Corre, te espero... No debes emplear más de quince minutos...

Luego cortaron la comunicación a la otra parte.

Duke Martin dejó el micro en la horquilla y se volvió.

—¿Quién era? —preguntó Lansbury.

—Una mujer. Pero no dijo su nombre.

—¿Para qué quería hablar con Allyson?

—Al parecer, tenía un negocio pendiente con él.

—¿Qué negocio?

—No lo dijo. Vámonos, Lou.

—¡Eh, ustedes no se van!

—Claro que nos vamos.

—Seguro que van a dar el soplo a la policía.

—Patrick le puede decir que Lou y yo no nos llevamos bien con los «polis». Hay cierto sargento Fragg que tiene la manía de que nos relacionamos más con los cadáveres que cualquier servicio de pompas fúnebres. No nos conviene avisar a la policía sobre lo que ha pasado aquí. Usted y Furness pueden quedarse todo el tiempo que quieran. Buena suerte para encontrar las fotografías de su mujer.

Duke hizo un saludo con la mano y salió de allí, seguido de Lou.

—Menos mal que conseguimos libramos de eso —dijo Bates. Furness apareció corriendo detrás de ellos.

—¡Eh, Duke! ¡Quiero los quinientos dólares! ¡Son míos! ¡Me pertenecen! ¡Brenda Lansbury es mi cliente! ¡Fui contratado por ella...!

—Lo tendré en cuenta para darte el sobrante.

—¿Sobrante de qué?

—¡No me hagas eso, Martin...!

—¡No me hagas eso, Martin...!

—Voy a invertir el dinero en descubrir quién asesinó a Mark Allyson. Y con eso, yo también estoy trabajando en beneficio de Brenda Lansbury... Hasta la vista, Patrick.

—¡No os daré un pedazo de pan en toda mi vida! —gritó Furness, cuando ya los dos amigos bajaban por la escalera.

Al llegar a la calle, Lou dijo:

—Eh, Duke, ¿has hablado en serio al decir que te vas a ocupar del asunto?

—¿Tú qué crees?

—Sí —gimió Lou—. Seguro que hablaste en serio.

Duke preguntó a un vendedor de periódicos por el restaurante La Tortuga. Lou se palmeó el estómago.

—Menos mal que vamos a un restaurante. Duke le alargó un billete de cien dólares.

—Come todo lo que quieras...

—Les voy a vaciar las despensas... Entraron en el restaurante.

Duke indicó a Lou que se sentase a una mesa y pidiese el servicio.

Luego, él se puso en marcha hacia la única joven que estaba sola, en una mesa del fondo. Poseía cabello rojizo, cara muy bonita y ojos almendrados.

—Hola —dijo Luke, llegando ante ella. La joven le miró.

—Fuera, moscón.

Pero Duke no se fue. Ocupó una silla al lado de la pelirroja.

—Eh, oiga, estoy esperando a un hombre. ¿Le basta eso? ¿O necesito llamar a la policía?

—Sería una buena idea. A Allyson le mataron.

—¿Eh?

—Allyson no podrá comer con usted. Está listo para que le entierren.

—¡Mentira! ¡Hablé con Allyson hace un rato!

—No, querida. Habló conmigo.

Los menudos dientes de la pelirroja rechinaron.

—¿Qué sucia treta es ésta, señor...?

—Dike Martin. Duke para los amigos.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, señor Martin.

—No hay ninguna trampa, preciosa. A Allyson le mataron. La joven dejó correr unos segundos y se relajó en la silla.

—¿Tiene un cigarrillo? —dijo con un susurro de voz.

—Sí, claro.

Duke sacó el paquete de cigarrillos y los dos encendieron con la llama del mismo fósforo.

La joven dio una larga chupada llevando el humo a los pulmones y lo expulsó por los agujeros de la nariz.

—Dime tu nombre —la tuteó Duke.

—Helen Burr.

—¿Cuál es tu relación con Allyson?

—Nos íbamos a casar... —Ella le miró a los ojos—. ¿Eres de la policía?

—Fui casualmente a la oficina de Allyson. Estaba haciendo chantaje a un cliente de mi patrón...

Ella apartó los ojos.

—Parece que no te extraña nada la ocupación de Mark, ¿verdad, Helen?

—Mark se ocupaba de cosas tontas, cuando podía ganar más.

—¿Cuántos *whiskys* has bebido?

—Dos. Ya voy por el tercero... Pero no creas que hablo así por el *whisky*. ¿Sabes una cosa, Duke? En la vida no hay que conformarse con los centavos.

—Mark no era de los que se conformaba con centavos. Le sacó a mi cliente diez mil dólares.

—¿Qué es eso, comparado con un millón de dólares?

—¿De dónde iba a sacar Mark un millón de dólares, Helen?

La joven abrió la boca para hablar, pero guardó silencio.

—Anda, dilo —insistió Duke.

—Será mejor que te largues...

Duke hizo una seña a un camarero y encargó dos *whiskys*.

—Valiente estúpido —dijo Helen—. Dejarse matar, cuando estaba a punto de ser millonario.

—¿Y qué tenía que hacer Mark para eso? Quizá yo pueda ocupar su lugar.

—Tú no tienes coraje.

—Lo puedo reunir.

—¿Con el *whisky*? —dijo ella con ironía.

—Un poco con el *whisky* y un poco pensando en que puedo atrapar un millón de dólares.

—Olvidalo.

—Está bien, te haré la pregunta de otra forma. ¿Quién crees que ha matado a Allyson?

—El Cerebro.

—¿Qué es el Cerebro?

—Sólo el nombre de un tipo, y no me preguntes quién es, porque yo tampoco le conozco.

—¿Y por qué iba a matar el Cerebro a Allyson?

—No te lo puedo decir.

El camarero llegó a la mesa, dejó los *whiskys* y se retiró. Duke bebió un trago.

—Helen, no te creo una palabra.

—¿Por qué no?

—Si fuese cierto lo del millón, tendrías interés en que yo ocupara el lugar de Allyson. Ella le miró a los ojos entornados.

—¿Has oído hablar de los satélites?

—¿Te refieres a esos aparatos que lanzan al espacio?

—Sí, a esos... Los hay científicos y otros que tienen otro

carácter.

—Sí, he oído hablar algo de eso. Los utilizan para espiarse unas naciones a otras.

—Mark Allyson consiguió el contenido de un satélite-espía.

—Cuéntame ahora el de *Blanca Nieves y los Siete Enanitos*.

—¿Lo ves? Sabía que no lo creerías. Por eso no quería decirte nada. Anda, y lárgate...

—Oye, nena, voy a suponer por un momento que no me mientes, que Mark logró el contenido de un satélite-espía... ¿Cómo lo hizo?

—No me lo dijo.

Duke sacudió la cabeza.

—Si él te contó eso, te engañó como a una china... El único satélite-espía que tenía Mark era su cámara fotográfica... Estaba haciendo chantaje al cliente de mi patrón, recordándole ciertas fotografías que le sacó hace algún tiempo...

—Querido, todo eso ya lo sé. Mark se dedicaba a ese ínfimo negocio del chantaje. Pero, últimamente, las cosas cambiaron.

—Si habían cambiado, ¿por qué Allyson hizo una petición de cinco mil dólares a mi cliente?

—Mark y yo no teníamos dinero en efectivo para viajar hasta Los Ángeles. Es allí donde Mark debía ofrecer su mercancía.

—El contenido del satélite-espía.

—Sí, eso es.

—¿Puedo hacerte una pregunta, querida? —Duke hizo una pausa—. ¿Estuviste alguna vez recluida en un sanatorio de enfermos mentales?

La mano de Helen se crispó sobre el mantel de la mesa. Parecía una zarpa.

—Un insulto más y te arañó la cara, Duke.

—Tus uñas deben cortar como cuchillos... No lo intentes o te ganarás una azotaina.

—Entonces, no vuelvas a repetir eso de que estoy loca. ¿Lo oyes bien?

—Continuemos donde estábamos... El bueno de Mark consiguió un satélite-espía de los Estados Unidos. ¿O pertenecía a otro país?

—Al nuestro.

—Y por él le iban a dar un millón de dólares.

—Sí.

—¿Quién?

—No me lo dijo.

—¿Dónde entra en juego el Cerebro?

—Mark me llamó anoche a casa. Me dijo que le habían amenazado por teléfono. Era un hombre llamado el Cerebro. Le había dicho que debía entregar el contenido del satélite-espía a la persona que el Cerebro le indicase, y si no lo hacía, pronto moriría... Por eso, Mark quería huir cuanto antes... Yo sólo contaba con cincuenta dólares, y sumado a lo de Mark, sólo teníamos la gran cantidad de ochenta dólares. Por eso, él no tuvo más remedio que llamar a Brenda Lansbury, tu cliente. Ella tenía que proporcionarle los cinco mil dólares con los que hubiéramos huido de Nueva York.

Duke se rascó una patilla.

¿Y si lo que Helen estaba diciendo era cierto? Pero ¿cómo se podía atrapar un satélite-espía?

¿Quizá como un globo al que habría que pinchar con un alfiler?

¿Qué tonterías estaban pensando?

Por otra parte, Helen le había dicho que ignoraba de qué forma Mark había conseguido el contenido del satélite-espía.

—¿Dónde guardaba Mark su secreto?

—No lo sé.

—No sabes nada, ni de dónde lo sacó, ni dónde lo guardaba...

—Así es.

—Imagino que tampoco sabrás a quién tenía que entregárselo en Los Ángeles.

—Sólo sé el motel donde teníamos que hospedarnos a la espera de que llegase el comprador.

—¿Qué motel?

—No te lo diré.

—¿Por qué no?

—Por una sencilla razón: si vas a trabajar para mí, primero tendrás que encontrar los papeles, los documentos, el microfilme, o lo que valga el millón de dólares.

—¿Fue Mark quien te habló de que pagarían un millón?

—Sí.

—¿Y cómo se enteró él?

—Oye, te he dicho todo lo que sé. Mark habló con la persona que estaba dispuesta a comprar el secreto del satélite-espía.

Helen dio un respingo en la silla.

—¿Qué te pasa, Helen? ¿A quién has visto?

—A nadie. Estaba pensando.

—¿En qué?

—Contéstame a una pregunta, Duke. ¿Mataron a Mark con pistola?

—No.

—¿Con cuchillo?

—No.

La joven palideció visiblemente.

—¿Fue lo que él dijo! —exclamó con voz aterrorizada.

—¿A qué te refieres? ¿Habló Mark de su muerte?

—Sí. El Cerebro se lo anunció por teléfono... Dijo que podía matar a Mark sin necesidad de enviarle a nadie.

—Si el Cerebro dijo eso, cumplió su palabra. Helen bebió de un trago el contenido de su vaso.

—¡Es horrible...! Pobre Mark. Pero yo no tuve la culpa de que muriese...

—Helen, lo importante ahora es saber dónde guardó Mark el secreto del satélite-espía.

—Nos matarán a nosotros también.

—Antes no pensaste en eso...

—Pero, ahora sí. ¿Qué poder tiene ese hombre que se hace llamar el Cerebro, Martin?

—Vuelve a olvidarlo. Y piensa en el lugar en que Mark pudo guardar el secreto. Recuerda, es un millón de dólares... Si lo conseguimos, tú y yo iremos a Los Ángeles. Yo ocuparé el lugar de Mark en ese motel.

La joven se mordió el labio inferior.

—Mark me dijo anoche que, si le pasaba algo, fuese a casa de un anticuario llamado David Trevor.

Duke la tomó del brazo.

—Vamos con ese anticuario.

—Tengo miedo, Duke. ¿Tú no?

—No creo en duendes, ni en fantasmas...

Martin pagó el importe de la consumición y caminó con Helen

hacia la mesa en que se encontraba su amigo Lou.

Bates había pedido seis platos diferentes.

Un camarero estaba cerca, mirando al cliente con asombro.

—Lou —dijo Duke—, me marcho con la pelirroja.

—Buen provecho.

—Lo mismo digo. Cuando termines, te largas al hotel de Alma Rick. Apareceré por allí en cuanto pueda.

Dicho esto, Duke Martin y Helen salieron del restaurante.

CAPÍTULO IV

Entraron en un cuchitril donde difícilmente se podía caminar.

Por todas partes había cachivaches, muchos de ellos arruinados por el tiempo.

—Qué hermosa hoguera se podría hacer con todo esto —dijo Duke. Una voz llegó desde un mostrador:

—¿Qué dice, blasfemo? Todo esto son antigüedades. Y si usted no sabe apreciarlas, no debió entrar en mi negocio.

El hombre que así hablaba era pequeñajo, de ojos saltones y nariz de búho.

—Señor Trevor, soy Duke Martin. Le presento a la señorita Helen Burr.

—Tanto gusto. ¿Qué desean? —contestó el anticuario con sequedad.

—Ella es amiga de Mark Allyson.

—¿Les envía él?

—Sí.

—¿Qué objeto buscan?

—Lo que Mark le depositó.

—No entiendo.

—Señor Trevor, tengo que decirle algo muy aprisa: Mark Allyson murió asesinado. Trevor se puso a parpadear.

—¿Mark, muerto? No es posible.

—Puedo jurar que le vi tan tieso como un bacalao.

Trevor movió las manos muy aprisa. Abrió un cajón y sacó una botella oblonga.

—Es ginebra —dijo—. Lo bebo para el estómago.

—Sí, para los sustos.

Trevor bebió un largo trago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Mark era un hombre lleno de vida.

—A todos nos toca morir, señor Trevor, y a usted también le llegará la hora.

—No diga eso, hombre.

—Me gusta decir la verdad a los amigos y tengo el presentimiento de que usted será el próximo en la lista.

—¿Por qué si yo no hice nada?

—Porque usted tiene en su casa justamente lo que los asesinos de Mark están buscando.

—¡No tengo nada!

—Vamos, Trevor, un poco de formalidad. Helen y yo sabemos que Mark le depositó cierta mercancía. Queremos que nos la entregue. De esa forma se librá de peligro de muerte que pesa sobre su cabeza...

—He dicho que no...

Duke alargó la mano y atrapó por el cuello a Trevor, antes de que éste lo pudiese evitar.

—Trevor, no me gusta hacer daño a los hombres que tienen veinte años más que yo... Pero cuando ellos no me dejan opción, aprieto y aprieto hasta sacarles un palmo de lengua.

—¡No apriete, señor Martin!

—¿Dónde lo tiene?

—En la caja fuerte, en mi oficina.

—De acompañaremos con mucho gusto.

Duke dejó libre a Trevor y éste apartó las cortinas para franquearles el paso a la trastienda.

—¿Está seguro de que le mataron por lo que Mark me dejó, señor Martin?

—No hay ninguna duda.

—Pues no lo comprendo. Lo que Mark Allyson depositó es algo que no tiene la menor importancia.

—Usted no entiende de esas cosas, señor Trevor. Los satélite-espías son de ahora, y usted sólo es perito en antigüedades.

—Le aseguro que continúo sin comprenderlo.

—Sáquelo y deje de hacer afirmaciones gratuitas.

—Sí, señor. En seguida lo saco.

Trevor manejó el dial de la caja fuerte.

Del interior extrajo un cilindro que alargó a Duke.

—Ahí lo tiene.

—Es un microfilme, como yo suponía.

—Yo diría más bien que es un filme para niños.

—Usted dirá lo que quiera, Trevor —contestó Duke, pensando que lo que tenía en la mano valía un millón de dólares.

Abrió el cilindro metálico y lo volcó sobre la palma de la mano. Sobre ésta cayó una película.

Duke la desenrolló, poniéndola ante una ventana. Asombrado, vio que se trataba de un filme del Pato Donald. Helen estaba a su lado, mirando también.

—Helen, ¿ves lo mismo que yo?

—El Pato Donald. Recuerdo haber visto esta misma película en la televisión, en una sesión de Disneylandia...

Duke siguió desenrollando el filme con rapidez creciente, pero en ningún fotograma había nada especial, y así llegaron hasta la palabra «fin».

Helen se volvió bruscamente hacia el anticuario.

—Nos ha engañado, Duke. Mark no pudo darle esto. Trevor chilló:

—¡Juro que sólo me dio eso!

—Trevor, ¿quiere que le retuerza otra vez el cuello? Mark debió dejarle otra cosa, además de este filme.

—No, señor. No me dio nada más. ¡Lo juro!

—¿Le dijo él qué clase de filme le había dejado?

—Mark me explicó que se trataba de un filme prohibido.

—Conque un filme prohibido, ¿eh?

—Me dio hasta el título.

—¿Qué título?

—*El harén de Mustafá*... Mark dijo que salían no menos de cuarenta mujeres, y que era lo mejor que había hecho en su vida...

—Entonces, usted se sintió picado por la curiosidad, y en cuanto Mark dio la vuelta, le echó un vistazo.

—Así fue. Sentí interés por ver a las mujeres de ese filme, y ya lo ve, yo también resulté engañado...

—¿No habló con Mark para decirle que quizá él se había equivocado de filme?

—Habría sido tanto como reconocer que no había respetado el depósito. Por otra parte, Mark me dijo que vendría a retirar el cilindro en un día o dos.

Helen se dejó caer, desalentada, en una silla.

—Adiós mi dinero —soltó una carcajada histérica—. ¡Un millón de dólares...! Y se trata de un filme que se puede comprar en cualquier bazar por unos billetes...

En aquel momento se oyeron pasos.

Dos hombres entraron precipitadamente en la estancia. Ambos exhibían pistola.

Uno de ellos era ancho de hombros y ancho de cara. El otro era delgado de nariz y de cuerpo.

—Eh, ¿qué significa esto? —dijo Trevor—. La policía no tiene derecho a entrar en mi casa de esta forma.

—No son policías, Trevor —le corrigió Duke.

Cara Ancha sonrió, enseñando unos dientes muy separados.

—No, no lo somos.

—¿Qué son, entonces? —preguntó Trevor con voz temblorosa.

—Mi amigo y yo pertenecemos al Servicio de Recuperación... Anda, chico listo, deme ese filme que tiene en la mano...

—No es interesante para ustedes —contestó Duke—. Se lo llevaba a mis niños.

—Deje ya los chistes y arroje hacia acá el filme. Tiene dos segundos. Luego dispararé. Duke le alargó el filme, que el otro le arrancó de un zarpazo.

—Vigílalo, muchacho —dijo Cara Ancha a su compañero. Luego levantó la película y miró el filme. Se echó a reír.

—¡Caramba! Es de dibujos animados. A mí me gustan...

—Pues lo va a pasar bomba —dijo Martin—. Son las aventuras del Pato Donald. Cara Ancha dejó de sonreír.

—Le voy a decir algo, Martin.

—¿Me conoce?

—Sí. Le conozco, y calle.

—Ya tengo el pico cerrado.

—Queremos el filme de Mark Allyson.

—Ya lo tiene en la mano.

—¿Cree que somos idiotas?

—Les conozco de poco tiempo para juzgarles.

—Le dije que se dejase de chistes, Martin. Esto es muy serio. Lo es tanto, que se está jugando la vida...

—Oiga, amigo, usted me pidió el filme que tenía en la mano, y

yo se lo di... Eso es lo que Allyson dejó al anticuario. Si llegaron un poco antes, pudieron oírlo desde ahí fuera...

Nosotros también nos quedamos sorprendidos. Con ello quiere decir que Mark Allyson nos burló a todos...

Intervino el delgado:

—¿Es cierto que se trata de una película del Pato Donald?

—Sí —contestó Cara Ancha—. Pero aquí hay gato encerrado. Duke lo señaló con el dedo.

—Ustedes cometieron un error al asesinar a Allyson... Debieron cerciorarse primero del lugar en donde se encontraba el verdadero filme. Ahora nadie les puede ayudar, ni siquiera nosotros...

—Usted quiere decir que Mark Allyson se llevó su secreto a la tumba.

—Eso es.

—No me gusta.

—A nosotros tampoco nos gusta, pero en esta vida hay que tener resignación para los momentos difíciles. Todos perdimos un millón de dólares... Si ustedes no están conformes, pongan un anuncio en los periódicos, ofreciendo una gratificación al que lo encuentre.

Cara Ancha arrojó el microfilme del Pato Donald al suelo.

—Anticuario —dijo. Trevor dio un respingo.

—¿Qué quiere?

—¿Dónde está lo otro?

—¿Qué otro?

—Lo que Mark Allyson le dio y que vale un millón de dólares...

—No sé nada. Se lo juro... Sólo me dio eso... *El harén de Mustafá*. Quiero decir, el Pato Donald...

—Qué lástima.

—¿Qué va a hacer?

—Una *massacre*.

Helen soltó un chillido.

—¡No pueden matarme a mí!

—¿Por qué no, guapa?

—Porque soy una mujer.

—Sí, lo eres, y yo diría que lo tienes todo... Sí, nena, eres un primor; pero también te vas a ir al infierno. Tú eras la amiga de Allyson y deberías estar enterada de sus Secretillos.

—También me engañó con esta birria de película.

—Muy bien. Os metisteis en el caso y ahora vais a salir de él... A balazo limpio.

—Espere un momento, muchacho —dijo Martin—. Su jefe no puede ser tan estúpido.

¿Por qué se van a llenar las manos de sangre, cuando nosotros no tenemos lo que ustedes quiere?

—Oiga, compañero, nosotros tenemos órdenes, y las cumplimos... Esto es un asunto de espionaje, y no se puede dejar un cabo suelto... Nos han viste las caras, y podrían describirnos al FBI. ¿Lo comprende ahora, hermano? Han de morir, en beneficio nuestro. Se les acabó la cuerda...

—Les daré dinero —exclamó Trevor.

Tiró de un cajón, pero levantó las manos como si se hubiese quemado, porque el delgado le apuntó al pecho con la pistola.

Duke comprendió la maniobra del anticuario, porque vio en el cajón una pistola.

Trevor se dejó caer de rodillas.

—Tengo aquí cinco mil dólares y mucho más en el Banco. Quiero comprarles mi vida.

—No hay solución, hermano —contestó Cara Ancha. Martin se movió ligeramente.

Sólo tenía que alargar la mano para coger la pistola, pero sabía que se ganaría una buena ración de plomo, mucho antes de que pudiese apretar el gatillo.

Trevor también lo debió comprender así, porque se tocó el pecho y dijo:

—¡Mi corazón! ¡Ya me da el ataque! ¡Por favor, mis gotas...! ¡Es una angina de pecho...!

Cara Ancha soltó una carcajada.

—Yo le voy a dar las gotas, anticuario. Duke atrapó la pistola.

Con ello atrajo la atención de los dos asesines.

Disparó sobre Cara Ancha, el cual recibió la bala en las fosas nasales.

Helen arrojó el bolso sobre el delgado y eso libró a Duke Martin de la muerte. Duke puso en marcha otro plomo, que enganchó al delgado por la tráquea.

Todo sucedió tan aprisa que Trevor todavía estaba quejándose de su angina de pecho y pidiendo las gotas.

Cara Ancha se deslizó sobre la pared y cayó en el suelo.

El delgado emitió unos sonidos raros, mientras trataba de llevar una bocanada de oxígeno a sus pulmones, pero su enfermedad ya no tenía remedio y también se desplomó.

Trevor se puso en pie, tambaleándose.

—¡Cielos, creí que había llegado mi última hora! Helen soltó un chillido histérico.

Duke llegó a su lado y le abofeteó en la cara para volverla a la realidad.

—Ya pasó todo, Helen.

Ella se dejó caer sobre Martin y él la estrechó contra sí. La joven estaba helada, pero su cuerpo poseía todas las exquisiteces, incluso a cero grados.

—Vámonos de aquí, Helen.

—Sí, Duke. Ahora mismo.

Martin atrapó la película del Pato Donald, la metió en el cilindro y guardó éste en el bolsillo.

—Hasta la vista, anticuario —dijo Duke—. Y gracias por su colaboración.

—Eh, señor Martin, ¿qué voy a hacer yo con estos cadáveres?

Duke limpió la pistola de sus huellas dactilares y la dejó sobre la mesa.

—Explique que querían robarle y los mató en legítima defensa.

—Pero ésa no es la verdad.

—Si les cuenta la verdad, le van a surgir muchas complicaciones... Pero, tiene otra solución.

—¿Cuál?

—Envuelva los fiambres con un vendaje y véndalos como momias.

Duke no esperó a oír la respuesta de Trevor. Empujó a Helen hacia la calle.

CAPÍTULO V

Helen había invitado a Duke a que subiese a su apartamento.

Ahora, Martin estaba pensativo, sentado en un sillón, mientras Helen preparaba dos martinis.

—¿Una aceituna? —preguntó la joven. Duke emitió un gruñido de asentimiento.

—Helen —dijo—, ¿a qué motel de Los Ángeles teníais que acudir tú y Mark Allyson?

—A La Golondrina. Está en la carretera de San Pedro a Monterrey.

—¿Cuándo teníais que estar allí?

—Pasado mañana.

—¿Con quién se entendía Mark?

—No me lo dijo.

La joven llegó junto a Duke y le entregó su copa. Los dos bebieron.

Helen se sentó en el diván, cruzó las piernas. Poseía un par de remos fascinantes.

—¿A qué te dedicas, Helen? —inquirió Duke.

—Soy maniquí de una casa de modas... Y lo malo es que me despedí.

—Con tu fachada, será fácil que encuentres un empleo similar.

—Sí. Pero ya me había acostumbrado a la idea de ir solo a las casas de modas para encargarme mis colecciones. Y, ahora, no tendré más remedio que seguir exhibiéndolas para los demás... La vida es perra.

—Sí, cariño. Lo es.

—Ven aquí, Duke. Necesito consuelo.

Martin fue al diván y se sentó junto a ella. Dejó las dos copas en la mesa. Entonces, Helen le echó los brazos al cuello.

Duke vio los rojos labios femeninos entreabiertos y los besó con

fruición. Helen se apretó contra él.

Entonces se abrió la puerta de golpe y una voz tronó:

—¡Miren a los dos cómplices haciéndose el amor! Duke había reconocido aquella voz.

Pertenecía a Timothy Flag, el sargento de la Brigada de Homicidios. Helen dio un grito y se apartó de Duke.

Martin levantó una mano.

—¿Cómo está, sargento?

Frunció el ceño al ver que Flag no venía solo. Le acompañaban tres hombres, que también tenían aspecto de policías, y ninguno de ellos era el teniente Hunter, con el que Duke congeniaba un poco.

Flag esgrimía su pistola.

—Lo atrapé. Esta vez no lo salvará ni una tonelada de patas de conejo, señor Martin.

—¿Qué le pasa, sargento? ¿Infringí alguna ordenanza de tránsito?

—Oigan el chiste del año —repuso Flag, y soltó una carcajada tan falsa como una moneda de cobre.

Se puso repentinamente serio y avanzó hacia Duke como un perro de presa.

—Ha vuelto a llenar la ciudad de cadáveres, Martin.

—¿De qué habla, sargento?

—¡No se haga el loco!

—Yo creo que la camisa de fuerza la necesita usted.

—¡Duke, no me saque de mis casillas o le juro que le doy un escarmiento para toda la vida...!

—Entonces, no debería insultarme.

—¿Va a negar que mató a Mark Allyson?

—Lo niego.

—¿Va a negar que mató a dos hombres en un negocio de antigüedades de David Trevor?

—Eh, oiga, sargento, ¿a qué viene tanto jaleo? El rostro del sargento se congestionó.

—Espere un momento, sargento —intervino uno de los tres hombres que habían llegado acompañando a Flag.

Era alto, de cabello rubio y ojos azules.

Flag lo señaló con la pistola, al tiempo que decía:

—Duke, le presento a Errol Baxter, inspector del FBI.

—Encantado, señor Baxter —sonrió Martin—. Menos mal que, al fin, conozco a un policía de verdad.

Flagg dio una dentellada al aire.

—¡Yo también soy policía!

—Pues lo disimula mucho.

Flagg iba a replicar de nuevo, pero el inspector del FBI le hizo un gesto con la mano para que callase.

—Señor Martin, éstos son dos de mis subordinados, los agentes Dick Robert y Brian Hall.

Dick Robert era moreno y tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha. Brian Hall poseía, pelo casi blanco y una nariz ligeramente torcida a la izquierda.

—Mucho gusto, caballeros —dijo Duke—. Soy un entusiasta del FBI. No me pierdo una película de ustedes...

—¡Silencio! —gritó Flagg.

El inspector Errol Baxter se observó las uñas de la mano derecha.

—Usted es ciudadano norteamericano, ¿verdad, señor Martin?

—Desde luego.

—Imagino que estará dispuesto a servir a su país.

—Claro que lo estoy, inspector.

—Entonces, ¿puedo contar con su colaboración?

—Sí, inspector. Puede.

—De acuerdo, señor Martin. Le explicaré de qué se trata.

—Soy todo oídos.

—Hace exactamente cinco días desapareció un satélite de la NASA.

—Ignoraba que esas cosas ocurriesen.

—Fue robado, señor Martin.

—¿Cómo se puede robar un satélite?

—Por medios científicos... Cada satélite es controlado por un enjambre de estaciones... Su vuelo espacial es seguido minuto a minuto... No puedo entrar aquí en detalles, pero su mente puede imaginar la clase de operaciones que se llevan a cabo con esos ingenios... Vamos a referirnos al momento más interesante a nuestros efectos, el momento en que el satélite debe volver a la Tierra con su información... Todo está dispuesto para que el regreso se lleve a cabo sin novedad, pero, de pronto, se pierde el contacto

con el satélite... Las estaciones de la NASA ponen todo su empeño en controlar el ingenio espacial, pero sus esfuerzos resultan infructuosos. ¿Qué ha pasado?

—Eso es. ¿Qué ha pasado?

—Se ha interferido una estación pirata... Sí, señor Martin, una estación muy parecida a la que controlan oficialmente los ingenios puede ser instalada en medio del océano... Puede estar en un buque, o en una isla. Concretamente, tenemos razones para suponer que la estación pirata que ha robado nuestro satélite se ubica en algún lugar de las Bahamas. En estos momentos, un servicio especial está trabajando en ese sentido. Tenemos fundadas razones para esperar que se localice esa estación pirata en un plazo breve o la NASA no podrá lanzar ningún satélite. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Todo un programa espacial está suspendido.

—Sí. Lo comprendo.

—Eso origina un retraso en todos los planes de la NASA, con las consiguientes pérdidas de millones de dólares... Tres proyectos que deberían estar ya en estos momentos en plena realización han sido suspendidos...

—Continúe con el satélite robado.

—Fue encontrado, flotando en el océano; pero, desgraciadamente, su información ya no estaba donde debía estar... Había desaparecido.

—¿Qué tiene que ver Mark Allyson con todo eso?

—Lo sabrá ahora mismo. —Errol Baxter hizo una pausa—. Mark Allyson fue contratado por la pandilla de espías que se apoderó del satélite. Sólo sabemos que ese grupo de hombres está mandado por alguien que se hace llamar a sí mismo el Cerebro... Mark Allyson, en su calidad de fotógrafo, debía revelar todas las películas que hubiese, captado el satélite que la NASA bautizó con el nombre de «X-15».

Imaginamos que Allyson debía cobrar una cantidad por su trabajo, pero la ambición le cegó, o quizá alguien entró en contacto con él.

—¿Quién?

—El representante de otra pandilla de espías, cuyo jefe es un tipo que conocemos con el nombre de Pierre *el Francés*. Yo me quedo con la segunda versión, ya que Mark Allyson nunca había hecho trabajos de espionaje con anterioridad. Según parece, su

negocio sucio era el chantaje...

—Ya tenemos a las dos bandas enfrentadas y a Allyson en medio.

—Sabemos que Allyson hizo un viaje a Nassau, pero ignoramos dónde se hospedó y con qué personas estuvo relacionado... En cuanto al satélite

«X-15»,

nuestros muchachos realizaron un buen trabajo, que les condujo a la pista de Mark Allyson. Desgraciadamente, hemos llegado demasiado tarde. Allyson está muerto...

—¿Cómo murió, señor Baxter?

—Lo electrocutaron.

—¡Caramba, por eso no dejaron ninguna mancha...!

—Estoy seguro de que lo mataron casualmente. Probablemente le quisieron aplicar el tercer grado para hacerle cantar, pero se les fue la mano... Los hombres del Cerebro necesitaban vivo a Mark Allyson, para sacarle el lugar donde había escondido el informe del satélite... El ambicioso Allyson jugó muy mal sus naipes, y ya ve cómo le resultó la partida... Señor Martin, es mi deber informarle de todos los pormenores del caso. Usted y la señorita Burr se encuentran en la misma situación que Allyson... Recuerden lo que les ocurrió a los dos en el negocio de antigüedades de David Trevor. Dos hombres intentaron asesinarlos, dos asesinos a sueldo del Cerebro... Milagrosamente, usted logró matarlos antes de que ellos les mataran a ustedes... Le felicito, hizo un buen trabajo.

Dake miró al sargento Flagg, cuyo rostro estaba lívido. Al sargento no le gustaba nada que un inspector del FBI estuviese felicitando a un tipo que había jurado meter en la cárcel.

—Ahora está al corriente de todo, señor Martin —prosiguió el inspector—. Me prometió al principio su colaboración.

—Está bien, señor Baxter. Voy a colaborar con ustedes. Yo sólo tengo una palabra.

El inspector Baxter sonrió.

—No esperaba menos de usted. El sargento Flagg gritó:

—¡Martin se ve perdido y por eso accede a comportarse como un buen chico! Conozco bien a este tipo y...

—¿Quiere guardar silencio, señor Flagg? —le atajó Baxter.

—Sí, señor —aceptó Flagg de mala gana. Duke carraspeó.

—Señor Baxter, le voy a entregar el secreto de Mark Allyson.

—Eso está bien.

Duke sacó el cilindro del bolsillo. Lo alargó a Baxter.

El inspector sonrió a sus subordinados con aire de suficiencia. Abrió el cilindro y sacó la película, que desenrolló ante sus ojos. Hubo unos segundos de suspenso.

—¿Qué es esto, Martin? —Gruñó el inspector Baxter.

—Lo que usted ve.

—¡Es una película del Pato Donald!

—¡Eh, inspector! —intervino Flagg, sonriente—. A mí me gusta mucho.

—Cállese, Flagg, ¿es que no se da cuenta? No es esto lo que el satélite-espía fotografió desde el espacio. ¿O es que cree que el Pato Donald está en las nubes, trabajando para las cámaras de la NASA?

El sargento se humedeció los labios envarado, pero reaccionó en seguida y gritó, señalando a Duke con la pistola.

—¡Ya se lo advertí, inspector! ¡Duke es un tipo vivo, un engañabobos! ¡Un fulano que sólo vive del fraude!

—¡Protesto, sargento! —repuso Duke—. Usted no tiene derecho a insultarme. Soy un ciudadano que paga sus impuestos.

—¿Qué impuestos? Usted no tiene donde caerse muerto, Martin. No puede engañarme a mí, que lo conozco desde hace tiempo. Su amigo y usted entran en la ley de Represión contra los Vagos...

—¿Quiere callar de una vez, sargento? —gritó también el inspector Baxter, para estar a tono.

Flagg respiró jadeante, pero ya no dijo nada.

El inspector Baxter dio unos pasos por la estancia, con el filme desenrollado en la mano.

Se detuvo ante Helen.

—Señorita Burr, hasta ahora no he hablado con usted.

—No, señor.

—Voy a hacerlo ahora...

—Muy bien, inspector.

—Es mi deber advertirle que estamos al corriente de su combinación, con Mark Allyson. ¿Sabe lo que eso significa? Que usted espiaba contra su propio país...

—No, inspector. Usted se equivoca... Yo no tuve en mis manos ninguna clase de arma contra mi país...

—¿Es este rollo de película lo que Mark trajo de Nassau?

—Lo ignoro. A mí no me lo dio. Recuérdelo, inspector: Mark confió en el anticuario y fue a él a quien le hizo el depósito.

—Señorita Burr, ¿cuáles eran los planes de Mark?

Helen miró a Martin y éste hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Mark y yo debíamos estar pasado mañana en Los Ángeles —contestó la joven—. Teníamos que alojarnos en el motel La Golondrina. No sé nada más...

—¿Está segura?

—Se lo puedo jurar, inspector. El sargento Flagg intervino:

—¡Aquí todo el mundo jura, pero ninguno dice la verdad!

—Señorita Burr —prosiguió el inspector—, ¿quién se puso en contacto con Allyson?

—No lo sé.

—¿Cuánto dinero le prometieron?

—Un millón de dólares.

El sargento Flagg dio un respingo.

—¿Ha dicho un millón de dólares?

Duke Martin dijo:

—Eh, sargento, no se venda a los espías. Recuerde que también usted juró cumplir con su deber.

—¡Diga otra cosa como ésa y lo encierro para una eternidad, Martin!

—¡Callen todos! —ordenó el inspector.

Se hizo el silencio y el hombre importante del FBI reanudó sus paseos por la estancia.

Otra vez se detuvo. Su rostro sonreía. Todos lo miraron con expectación.

—Tengo una idea y la vamos a poner en práctica... Los necesito a ustedes dos —señaló a Helen y a Duke.

—¿Qué se le ocurrió, inspector? —preguntó Duke.

—Ustedes dos irán a Los Ángeles y se hospedarán en el motel La Golondrina.

—¡Oh, no, inspector! No cuente conmigo —dijo Helen.

—Y conmigo tampoco —le contestó Duke.

—Tienen que ir allí con su mercancía.

—¿Qué mercancía?

—Ésta —dijo Baxter, levantando el rollo del Pato Donald.

—No sea ingenuo, inspector —repuso Martin—. Ninguno de nosotros ha creído que el satélite-espía fue lanzado por la NASA para captar una aventura de este pato. ¿Cómo quiere que los espías se lo crean y lleguen a pagar un millón de dólares? Teniendo en cuenta la mercancía, esa aventura de Donald sería más cara que *Cleopatra*.

—Señor Martin, no me ha entendido.

—Lo he entendido bien. Usted quiere pescar a la banda de Pierre *el Francés*.

Son los que iban a pagar el millón de dólares a Mark Allyson.

—Sí, y de paso cazaré también a la pandilla del Cerebro, porque ellos no renunciarán a lo que contenía el satélite que tanto trabajo les costó robar.

—Yo paso, inspector —repuso Duke—. No quiero que le den medallas ni laureles a cambio de dos cadáveres.

—No les pasará nada. Nosotros estaremos cerca de ustedes para protegerlos.

—Déjese de cuentos, inspector. Nunca podrán estar demasiado cerca, porque, de lo contrario, se expondrán a que los descubran. Han de dejarnos sueltos y ellos tendrán una oportunidad para liquidarnos.

—Se trata de la seguridad de su país, señor Martin.

—Ya hice el servicio militar.

—¿Qué contesta usted, Helen?

—Que volveré a trabajar como maniquí. Es menos arriesgado y, de vez en cuando, se presenta mi plan con un millonario.

El inspector se volvió hacia sus subordinados.

—Agente Robert...

—A la orden, inspector.

—¿Cuál es la pena por espionaje?

El agente Robert se pellizcó el mentón.

—Con un poco de suerte, Helen Burr y Duke Martin podrán conseguir una condena de veinte años.

—Eso suponía. Sobrevino otra pausa.

El inspector Baxter miró a Helen y a Duke.

—Bueno, muchachos, deben de acompañarme. Pero no se preocupen. Quedarán bien instalados en confortables celdas hasta el

momento del juicio. Pero no crean que van a esperar mucho. Por fortuna, tenemos unas leyes especiales para juzgar a los espías... Duke hizo chascar los dientes.

—¡Esto es coacción, inspector!

—¿Qué dice, Martin? No le oigo bien.

—Decía que Helen y yo aceptamos ir a Los Ángeles.

—Eso creía haber oído.

—Pues debería comprarse una trompetilla.

El inspector Baxter enrolló con mucho cuidado el filme del Pato Donald y lo volvió a meter en el cilindro.

Alargó éste a Duke, al tiempo que hacía una reverencia.

—Señor Martin, aquí tiene su mercancía. No olvide que le van a dar por ella un millón de dólares.

—No me gusta su sentido del humor, inspector. Sabe perfectamente que Helen y yo seremos como dos ovejas destinadas al matadero.

Helen se puso en pie.

—Inspector Baxter.

—¿Sí, señorita Burr?

—¿Estará muy cerca de nosotros para protegernos?

—Claro que sí.

—¿Por qué no viajan usted y sus hombres con nosotros?

—Lo siento, señorita Burr. Pero eso no puede ser. Dentro de un rato les enviaré tres mil dólares para gastos. Buen viaje, colaboradores...

Salió, seguido de los dos agentes.

El sargento Flagg, que se había quedado en la habitación, se echó a reír.

—Eh, Martin, cuando una de esas dos pandillas, la de Pierre *el Francés* o la del Cerebro, vaya a acabar con usted, recuerde que yo estaré rezando por su eterno descanso...

—¡Váyase al diablo, hiena!

El sargento Flagg salió del apartamento, sin dejar de reír.

El avión corrió por la pista.

Helen apretó el brazo de Martin.

CAPÍTULO VI

—Duke, ahora que ya estamos en Los Ángeles tengo más miedo que nunca.

—Yo también.

—No digas eso...

—Oye, el miedo es libre, lo puede tener cualquiera.

—¿Cuántos del FBI habrán viajado con nosotros?

—Creo que ninguno.

—¡Oh, no, Duke! Tienes que equivocarte. El inspector dijo que nos protegerían.

—Oye, nena, todos los policías tienen un sello inconfundible y entre los pasajeros no había ninguno que pudiese pertenecer al FBI.

—Bueno, nos deben estar esperando en el aeropuerto. Al fin y al cabo, ellos deben suponer que en el avión no nos iba a pasar nada.

—Sí, debió ser eso.

Antes de salir de Nueva York, Duke se había entrevistado con su amigo Lou en el hotel El Descanso del Viajero.

Lou le había dado una buena noticia. Lansbury y Furness habían logrado encontrar las fotografías con las que Mark Allyson hacía chantaje a la hermosa Brenda.

Pero Furness no había cobrado nada por aquel trabajo, ya que los quinientos dólares se los dio a Duke.

Lou había querido acompañar a Martin a Los Ángeles y Duke tuvo que quitárselo de la cabeza, diciéndole que sólo se llegaba a la costa del Pacífico para pasar unos días en compañía de Helen.

Al salir del aeropuerto, Duke hizo una seña a un taxi. Una vez dentro del coche, Duke dijo:

—Queremos ir al motel La Golondrina, entre San Pedro y Monterrey.

—No puedo hacer esa carrera. Tienen que tomar el autobús. Les llevaré a la estación.

—De acuerdo, muchacho.

El taxi emprendió la marcha.

—¿Has mirado si nos siguen? —preguntó Helen.

—Salieron al mismo tiempo algunos coches.

—Quizá en alguno de ellos viaja el FBI.

—Oye, nena, ¿por qué no te olvidas de esos caballeros?

—¿Cómo quieres que los olvide, si son ellos los que tienen que salvarnos la vida?

—Yo no confiaría mucho.

—¡Duke!

—Quiero decir que prefiero confiar en mí mismo... Llegaron a la estación del autobús.

—¿Cuál es el autobús de Monterrey? —inquirió Martin al taxista.

—Será mejor que lo pregunten en información.

Los dos jóvenes entraron en la estación de autobuses. Había allí un maremágnum de pasajeros.

De pronto, un hombre se echó encima de Duke y otro encima de Helen.

—Eh, usted, ¿no sabe dónde pisa? —exclamó Helen.

—A callar, nena.

La joven sintió que algo le presionaba en el riñón.

A Duke le estaba ocurriendo lo mismo con el tipo de las cejas blancas que se había adherido a él como una lapa.

—Callen los dos —dijo Cejas Blancas. Duke sonrió, aunque de mala gana.

—Eh, oigan, mi chica y yo estamos citados con unos amigos.

—Con nosotros.

—No. Debe haber un error.

—Nos van a acompañar y guardarán silencio, si no quieren ganarse una bala que les va a doler mucho.

—Ya estoy convencido —dijo Duke—. Iremos con ustedes.

—Caminen hacia la tercera puerta del fondo —ordenó Cejas Blancas.

Los dos jóvenes salieron de la estación y fueron introducidos en un coche negro de gran volumen.

Un hombre de cuello delgado estaba ante el volante.

Cuello Delgado hizo arrancar el coche.

—¿Llevamos el mismo camino? —preguntó Dulce—. Helen y yo íbamos a instalarnos en un motel un poco retirado de la ciudad.

—No irán allí —contestó Cejas Blancas.

—¿Por qué no?

—El jefe pensó otra cosa.

—¿Quién es el jefe?

—Ya lo sabrán cuando lleguemos...

—Le repito que están equivocados.

—No, señor Martin. No estamos equivocados. De modo que será mejor que se callen.

—Como usted quiera.

—Eso es.

Duke miró por el espejo retrovisor, pero al cabo de unas cuantas curvas llegó a la conclusión de que nadie los seguía.

Cejas Blancas y sus compañeros habían logrado despistar al FBI, suponiendo que los hombres de Baxter los hubieran estado vigilando.

Ahora estaba seguro de que Helen y él estaban completamente solos.

Cuello Delgado probó ser un gran conductor. Cuando tenía una recta ante sí, aceleraba; y, al llegar a una curva, la tomaba con elegancia, sin que se oyese un chirrido de neumáticos.

Tras media hora de carrera, el auto negro entró por un portón y cruzó un jardín. Fueron a parar al interior de una cochera.

—Ya hemos llegado —dijo Cejas Blancas. Bajaron del auto y fueron a la casa.

Un hombre les abrió la puerta.

—¿Está el jefe? —preguntó Cejas Blancas.

—Espera desde hace un rato.

Helen y Duke fueron conducidos al salón-biblioteca. Un hombre estaba sentado en un sillón.

Duke sólo podía verle la mano, con la que sostenía un largo y humeante cigarro.

—Jefe, aquí están —dijo Cejas Blancas. El hombre del sillón se levantó.

Frisaba en los cincuenta años de edad y era de mediana estatura, cráneo brillante. Sus ojos eran como los de un reptil, los párpados caídos.

Sonrió con frialdad.

—Bienvenida, señorita Burr... No esperaba que fuera usted tan bonita.

—Gracias, señor...

—Woolley, Tyrone Woolley. El calvo sonrió a Duke.

—Tengo las mejores referencias de usted, señor Martin...

—Ignoraba que fuese tan famoso.

—Sé que bajo la apariencia de un vendedor de tres al cuarto, usted esconde un cerebro privilegiado...

—Es un honor que me hace.

—Reconocer el valor de los demás es un privilegio fundamental.

—Da gusto hablar con una persona tan educada como usted, señor Woolley.

—Pasemos a los negocios. ¿Trajo usted la mercancía?

—¿A qué mercancía se refiere?

—No me decepcione, señor Martin. Ustedes viajaban a Los Ángeles con lo que Mark Allyson poseía.

—Está bien, señor Woolley, no le negaré eso.

—Gracias.

—Usted sabe perfectamente que Mark Allyson está muerto.

—Sí, lo sé. Y por si le sirve de algo, ordené que le enviaran una corona de flores. Naturalmente, de una forma anónima. Nunca me ha gustado dar a conocer mis sentimientos.

—Muy delicado.

—¿Me da usted la mercancía, señor Martin?

—¿Me da usted el millón de dólares? En la estancia se hizo un silencio.

El señor Woolley se acercó a la mesa y golpeó el cigarro en el cenicero.

—Señor Martin, creo que no está usted en situación de hacer una petición de tanta cuantía.

—Entonces, ¿usted no pertenece a la banda de Pierre *el Francés*?

—Yo soy Pierre *el Francés*.

—Creí oír que su nombre es Tyrone Woolley.

—En el mundo del espionaje no importan los nombres. Tenga usted en cuenta que nos encontramos en los Estados Unidos y que, según mi pasaporte, yo soy Tyrone Woolley —el calvito sonrió—.

¿Satisfecho, señor Martin?

—Pasaremos eso por alto, señor Woolley, o como quiera que se llame. Pero lo cierto es que usted prometió pagar un millón de dólares a Mark Allyson.

—Correcto, señor Martin. A Mark Allyson, pero no a usted.

—Ahora soy yo el que tiene la mercancía y estoy arriesgando la piel. Tuve que burlar a los agentes del FBI, a los pandilleros del Cerebro... ¿No cree que es justo que reciba mi pago?

Cejas Blancas sacó una pistola.

—Deje que sea yo quien le dé el pago, jefe.

—Guarda el arma, Guy.

—No me gusta este tipo, jefe. Sólo está fanfarroneando desde que llegó...

—Cuando quiera que hables, te lo pediré, Guy. Mientras tanto, vas a estar callado. Y esconde de una vez esa pistola.

—Sí, señor.

Tras la interrupción, Woolley, alias Pierre *el Francés*, volvió a sonreír a sus visitantes.

—Señor Martin, no dispongo de mucho tiempo... El FBI está ansioso por ponerme la mano encima. Su país es magnífico, especialmente. California. Gustoso me quedaría aquí unas semanas, pero uno no puede realizar sus mejores deseos. Bebo marcharme cuanto antes. No abuse de mi buena educación, o tendré que olvidar las más elementales normas, si usted se muestra reacio a colaborar conmigo... Bebo advertirle que me he encontrado con personas testarudas. Siento verdadera pena por ellas. Podían haber seguido viviendo, pero ellos se empeñaron en morir de mala manera. Usted debe ser más juicioso que ellos.

—¿Cuánto me pagará?

—Diez mil dólares...

—Eso es una miseria.

—Se trata de un pago voluntario, señor Martin. Podría quitarle la mercancía y no darle un centavo.

Helen Burr dejó oír su voz:

—Vende, Duke. Es mejor diez mil dólares que nada.

—Bravo, señorita Burr —dijo Woolley—. Además de hermosa, posee sentido común, lo cual resulta muy difícil en una mujer.

—Está bien —asintió Duke—. Le daré lo que quiere, contra

entrega de diez mil dólares.

—Firmado y sellado —dijo Woolley.

—Lo guardo en el maletín.

Cejas Blancas y su compañero habían llevado allí el equipaje de los dos jóvenes. Guy tomó el maletín del suelo y lo abrió.

Anduvo husmeando en su interior.

—¿Qué cosa es, señor Woolley?

—Un cilindro.

—Aquí está —contestó Guy, sacándolo. Lo entregó a su jefe.

Éste dejó el cigarro sobre el cenicero y abrió el cilindro, del que extrajo su contenido. Desenrolló la película y se puso a examinarla.

Martin estaba mirando la sonriente cara de Pierre *el Francés*. Esperaba que de un momento a otro se pusiera muy serio.

Pero Woolley apartó la mirada de la película y no había perdido aún la sonrisa.

—Muy bonito juego, señor Martin... Le dije antes que tenía referencias de usted. Se caracteriza por sus chanzas, por sus alegres bromas con la policía de Nueva York. ¿Sabe una cosa? Mi humor es inglés, del más puro. Fue una buena ocurrencia eso de colocar en el cilindro una película del Pato Donald.

Guy *Cejas Blancas* dio un respingo.

—¿Eso hizo, señor Woolley?

—Sí, Guy.

—¿Saco ya la pistola?

—Todavía no. Primero tenemos que celebrar la broma del señor Martin. Duke se dijo que las cosas se ponían feas para él y Helen Burr.

Chascó la lengua.

—Le falta saber lo más importante, señor Woolley.

—¿Qué cosa, señor Martin?

—No es ninguna broma. Esa película fue encerrada en el cilindro por el propio Mark Allyson y dejada en depósito a un anticuario de Nueva York llamado David Trevor... Sobrevino otra pausa.

Los ojos de Guy *Cejas Blancas* se movían como los de un loco, mirando a su jefe y a Martin, esperando que aquél le diese la señal para que sacara la pistola. Woolley enrolló con parsimonia el microfilme y lo metió otra vez en el cilindro.

—Señorita Burr.

—Le escucho, señor Woolley.

—¿Qué tiene que decir usted al respecto?

—Nada... No tengo que decir nada —tartamudeó la joven.

—El señor Allyson me anunció que usted viajaría con él hasta Los Ángeles.

—Sí, señor, es verdad. Pero no viajé con él, porque estaba muerto. Por eso ocupó su lugar el señor Martin.

—No me gusta que me expliquen lo que es evidente, señorita Burr.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Usted debe saber dónde depositó Allyson la mercancía buena. La información que sacó del satélite-espía

«X-15».

—No, no lo sé.

—Me debe comprender, señorita Burr. Le conviene. La voz de Woolley iba subiendo de tono.

Helen se apretó las manos sobre el estómago. Miró a Martin, pidiéndole ayuda.

—Señor Woolley —dijo Duke.

—¡Silencio! Esta vez no le toca hablar a usted.

—¿Ya perdió la educación, señor Woolley?

—Guy, ya puedes sacar la pistola.

Cejas Blancas exhibió el arma con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué hago ahora, señor Woolley?

—Sírvele una píldora al señor Martin si vuelve a abrir la boca.

—Con mucho gusto, jefe.

—Señorita Burr —dijo Woolley—, tenía usted la palabra. Pero, de todas formas, y para que le sirva de recordatorio, le repetiré la pregunta. ¿Dónde está la mercancía que Mark Allyson acordó traerme a Los Ángeles?

—No lo sé.

—¿Por qué vinieron ustedes, si no traían lo que a mí me interesaba?

—Es la mar de sencillo. Creíamos que esa película era una clave.

—¿Una clave?

—Sí.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida. Entérese de una vez por todas, señorita Burr. Las cámaras del satélite-espía

«X-15»,

tomaron fotografías de regiones estratégicas de nuestra Tierra. Le aseguro que no se trata de regiones cualesquiera, sino de puntos básicos para una guerra a escala mundial. Le haré otra aclaración más importante: La NASA estuvo preparando ese ensayo durante muchos meses y no se podrá repetir hasta dentro de un año. Aprovecharon el momento decisivo para realizar el experimento. Sólo por unas horas podría llevar a cabo el satélite-espía su trabajo, porque las circunstancias eran las más favorables. Ahora ya puede imaginar de qué clase de documento se trata... Hay media docena de países en el mundo dispuestos a pagar el dinero que se les pida por algo tan importante. Ni usted ni nadie pueden jugar conmigo dándome a cambio de esas fotografías un filme de ese pato —señaló con el dedo índice el cilindro que había dejado sobre la mesa.

—Pero es que yo no sé nada, señor Woolley, se lo aseguro.

—Y yo no la creo.

—¿Qué puedo decirle para convencerle?

—Sólo existe una forma de que lo consiga, señorita Burr. Entregándome las fotografías que me interesan.

—Pero si yo no las tengo...

—Lamento mucho que sea tan terca; pero es usted quien elige.

—¿Qué va a hacer?

—Guy, llévalos al sótano. Los pondremos en tratamiento.

—Sí, señor Woolley.

—¿Puedo hablar ya, señor Woolley? —dijo Duke.

—¿Qué quiere decir?

—Que es usted un gusano.

Guy arqueó el dedo en el gatillo y fue a disparar.

—No, Guy, no lo mates —dijo Pierre *el Francés*.

—Lo ha insultado, jefe.

—El señor Martin va a tener ocasión de arrepentirse. Llévalos al sótano.

Minutos después, Helen y Martin descendían por una escalera de piedra, seguidos por los esbirros de Woolley.

Abajo había un tipo muy fuerte que tenía el torso desnudo y la cabeza rapada. Por su cara parecía un retrasado mental.

Observó con admiración a Helen.

—Es muy linda, Guy —dijo—. ¿La traes para mí?

—Sí, Nero.

—¿Podré jugar con ella?

—Tendrás que obedecer al jefe. Si te portas bien, él te la dejará para que te sirva de muñeca.

—Sí, Guy...

El grandullón dio unos pasos hacia Helen y ésta gritó, mientras buscaba la protección de Martin.

—Eh, Guy —dijo Duke—, ordena a ese gorila que se esté quieto. Woolley descendió la escalera.

—Señor Woolley —rió Guy—, a Nero le ha gustado la pelirroja. Martin apretó los maxilares.

—Woolley, la muchacha le ha dicho la verdad con respecto a Mark Allyson.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué va a hacer con la muchacha?

—Ñero la someterá a tormento.

—¡No puede hacer eso! Pero si quiere elegir una víctima, deje que yo ocupe su lugar.

—Ya le llegará el turno, Martin. No se preocupe. Pero primero va a ser ella. De esa forma, cantará si sabe algo. Y si no, lo hará usted. ¿Lo ve? Mato dos pájaros de un solo tiro.

—Es usted un canalla.

Duke se abalanzó sobre Guy, aprovechando que éste se había distraído.

Pero el compañero de Cejas Blancas estaba muy atento y golpeó con el cañón de su pistola a Martin.

Lo pilló en el cuello.

Duke cayó de rodillas y en esa posición fue ahora Guy quien lo cazó, pegándole con el revólver en la cabeza.

Martin lo vio todo oscuro, como una mancha de tinta, y perdió el conocimiento.

Duke Martin volvió en sí. Estaba tendido en el suelo.

Oyó un gemido y se acordó de Helen. Se incorporó trabajosamente.

CAPÍTULO VII

A Helen la estaban azotando. Le habían rasgado el vestido por detrás. Su espalda estaba señalada ya por algunos latigazos.

Los brazos de la hermosa joven pendían de una gruesa cadena. Nero, el grandullón, blandía la larga tira de cuero.

Woolley estaba sentado en una silla, fumando uno de sus largos cigarros. Guy *Cejas Blancas* y su compinche sonreían contemplando el espectáculo.

—Helen —dijo Woolley—, ¿dónde está lo que a mí me interesa?

—No lo sé —contestó la joven con voz desfallecida.

Woolley hizo una señal con el cigarro y Nero echó atrás el látigo y lo descargó en la espalda de la muchacha.

Duke resopló, mientras se levantaba.

Fue a lanzarse sobre Nero, pero algo dio un tirón de su tobillo. Sintió un agudo dolor en el hueso y se derrumbó de nuevo.

No se había dado cuenta hasta entonces de que estaba atado. Guy se echó a reír.

—Eh, jefe, el muchachito ya volvió en sí, y le dio rabia que estemos castigando a la chica...

—Woolley —dijo Martin con voz ronca—, eso que hace con Helen es un acto miserable...

—Ella me ha obligado y la verdad es que siempre me ha gustado ver cómo es destruida una hermosa mujer...

—¿Qué clase de bicho es usted, Woolley?

—Cuidado, Martin, me he educado en una Universidad.

—¿Qué aprendió allí?

—Educación, moral, historia, economía...

—Sí, es posible que aprendiese todo eso, pero la locura no se aprende en ninguna parte.

—¿Qué dices?

—Ya lo ha oído; está loco... Su mente es insana. Nero está

azotando a la muchacha, pero ella no le dice nada. ¿Todavía no ha comprendido que es porque Helen no puede contestar a sus preguntas?

—Nero, castiga al señor Martin.

El grandullón sonrió con el labio inferior babeante. Disparó el látigo.

Martin rodó por el suelo.

Fue una buena ocurrencia que lo hiciese, porque el látigo se iba a enroscar justamente en su cabeza. De esa forma, sólo le castigó el hombro.

—Señor Martin —dijo Woolley—, le advertí que le convenía callar. Soy yo el que manda aquí, el que da las órdenes... Nero, vuelve a tu trabajo con la muchacha.

—Sí, señor.

Nero se acercó a la joven. Ésta había hundido la cabeza en el pecho.

—Eh, señor Woolley, se ha desmayado.

—Bueno, ha tenido bastante en la primera sesión. Reanudaremos el castigo dentro de un rato... Tengo que hacer un par de llamadas telefónicas. Eh, vosotros, subid conmigo. Se refería a Guy y al otro.

Los tres subieron por la escalera. Nero colgó el látigo en la pared.

Se encaminó hacia la joven, a la cual libró de sus ligaduras.

La dejó en el suelo y se encaminó hacia un grifo que había al fondo. Llenó un cacharro de agua y regresó junto a Helen. Ocurrió de pronto.

Helen pareció volver en sí Pero lo hizo de una forma muy original, estrellando algo en la frente de Nero. El grandullón cayó hacia atrás.

Helen lo siguió en su caída y le volvió a golpear entre los dos ojos. Nero se relajó.

Entonces Martin vio lo que la joven había manejado para dejar fuera de combate a Nero. Un trozo de cadena.

—Date prisa, Helen.

Ella corrió al lado de Martin y lo liberó.

—Eres una criatura maravillosa —dijo Duke, y la besó en los labios.

—Me hice la desmayada, pero de todas formas me dieron una

buen paliza.

—Se lo haremos pagar al señor Woolley.

—¿Crees que podremos escapar?

—Lo intentaremos.

La joven se cubrió con el vestido e hizo una mueca de dolor al rozar la tela sus heridas. Martin le pasó el brazo por la cintura, ayudándola a subir las escaleras.

Abrieron la puerta y salieron a un corredor. Andaban despacio. No podían hacer ruido. Ganaron la puerta y salieron al porche.

En el jardín no había nadie a la vista.

—Deben estar en la biblioteca. Hay que llegar a la cochera...

—No puedo correr, Duke...

—No te preocupes. No correremos.

Estaban llegando a la cochera, cuando oyeron pasos en el interior, Martin sólo tuvo tiempo para apartar sus manos de Helen.

Guy *Cejas Blancas* apareció en el hueco de la puerta. Se quedó sorprendido al ver allí a los prisioneros.

En la siguiente fracción de segundo, Martin cayó sobre él, descargándole un terrible izquierdazo en la mandíbula.

Guy volvió a entrar en la cochera como impulsado por un cohete. Chocó contra la proa del auto y se vino adelante, tambaleándose.

Duke se estaba dando mucha prisa y le pegó con la derecha, entre la oreja, y el cuello. Fue bastante para que Guy se desplomase.

Helen había aparecido en la puerta.

—Sube al auto —dijo Martín—. Yo conduciré. Se agachó sobre Guy y le quitó la pistola. Inmediatamente, saltó al auto y ocupó el volante.

Puso en marcha el motor. El vehículo se deslizó fuera de la cochera, corriendo hacia el portón, que estaba abierto.

—Somos libres, pequeña —dijo Duke, apretando a fondo el acelerador.

—¿Adónde vamos ahora?

—En busca de un médico. Es lo que tú necesitas.

Media hora más tarde, Helen era curada por el doctor Clifton Malone, el cual miraba recelosamente a Martin, mientras vendaba a la joven.

—No, doctor, no fui yo —dijo Duke.

—No me gusta hacer preguntas. Soy médico y debo atender a todos los pacientes que lleguen a mi casa.

Martin pagó los cinco dólares que el doctor pidió por la asistencia de Helen. Cuando volvieron a emprender el camino en el auto, Martin preguntó:

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Mucho mejor. ¿Qué haremos ahora, Duke?

—Iremos a un hotel. Haré una llamada al inspector Baxter para mandarlo al diablo y esta vez le aseguro que no le valdrán las amenazas. Si quiere capturar a los espías, es cosa suya y no nuestra...

—Querrá meternos en la cárcel...

—Somos ciudadanos norteamericanos y no policías. Nos ha utilizado sin importarle si nos enviaba a la muerte.

Se alojaron en el hotel Pomona, de segunda categoría.

Martin tomó dos habitaciones contiguas, que se comunicaban por una puerta interior. No utilizaron sus verdaderos nombres. Ella pasó a ser Sally Corey y él Anthony Hunter. Martin había comprado en el camino una botella de *whisky*.

La joven se sentó en un sillón y Duke escanció en dos vasos.

Después de beber un trago, Martin encendió un cigarrillo y pidió su conferencia de larga distancia.

En quince segundos oyó la voz del inspector Baxter:

—¡Ah! ¿Es usted, Martin? Me alegro de oírle. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—¿Todavía no sabe que sus hombres nos perdieron de vista?

—Uno de ellos se despistó.

—No diga tonterías, Baxter. Ellos lo despistaron y se probó que son más listos que ustedes.

—A veces pasan cosas como ésa.

—No volverán a pasar.

—No le entiendo, Martin.

—Helen y yo renunciarnos a seguir adelante.

—No hablará en serio.

—Claro que hablo en serio. Además, todo quedó arruinado... Caímos en las manos de la pandilla de Pierre *el Francés*. Como recordará, Pierre *el Francés* era el que tenía que ponerse en contacto con nosotros en el motel La Golondrina. Por lo tanto, ya no

hace falta que vayamos allí. Y para que tenga una relación completa de lo sucedido, le diré que Helen recibió en su carne las consecuencias del despiste de sus muchachos... Le pegaron media docena de latigazos en la espalda.

—¿Cómo lograron escapar?

—Con unos polvos que nos vendió una bruja, inspector. Ella no trabaja para el FBI.

—Lo siento, Martin. ¿Qué hay de la película?

—Se la quedó Fierre *el Francés*. Pero no quiso creer que el Pato Donald era una clave y decidió atormentarnos... Pierre se hace llamar ahora Tyrone Woolley... Cuenta con algunos compinches. Conoció a tres, un tal Guy, con las cejas blancas... Su verdugo, es un boxeador retirado que responde al nombre de Nero. Tienen alquilada una casa en el número 24 de una avenida con muchos sauces... Ahí lo tiene todo, inspector... Haga usted el resto.

Baxter dio un suspiro desde la otra parte.

—No les puedo obligar a que hagan nada más, Duke.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—Puede quedarse con el resto de los tres mil dólares que recibió para gastos.

—¡Qué generoso...!

—Sinceramente, creo que tiene usted razón. Tal como están las cosas, ustedes ya no pueden servirnos de nada. Nosotros nos ocuparemos de Pierre *el Francés* y del Cerebro.

—Buena suerte, inspector.

—Que pase unas felices vacaciones con Helen. Los dos merecen un descanso. Martin miró el micro y luego colgó.

—Asunto concluido —dijo, volviéndose hacia Helen.

—¿No te amenazó con meternos en la cárcel?

—Te advertí que esta vez ganaríamos la partida. La joven exhaló el aire.

—Se acabó la aventura.

—Sí, Helen, se acabó.

—Aquí termina el sueño del millón de dólares.

—Ten en cuenta que acabó antes de que saliéramos de Nueva York.

—Llegué a pensar que nos pagarían una buena cantidad de dinero por algo que no tuviese importancia. Por ejemplo, la película

del Pato Donald.

—La gente no es tonta, y los espías lo son menos que nadie. Ellos saben lo que compran, porque también silos tienen que vender.

—Enciéndeme un cigarrillo.

Martin lo encendió y se lo puso en los labios.

Helen dio una chupada y, mientras exhalaba el humo, dijo:

—¿Y si Allyson no hubiese tenido nunca la documentación secreta del satélite-espía

«X-15»?

—Tengo la impresión de que sí la tuvo.

—¿Y dónde está?

—A eso sólo podría responder el propio Allyson.

—¡Pobre Mark...!

—Tienes un buen recuerdo de él.

—Sí, era una persona muy atenia. En cuanto tenía dinero, me hacía regalos. Sentía verdadero placer por comprarme cosas. El día antes de morir me regaló uno de estos colgantes.

Levantó el brazo derecho donde tenía una pulsera de oro, de la que pendían figuritas, un cesto, un palo de béisbol, un automóvil, un buda, un trébol de cuatro hojas...

—No sientas que Mark perdiese el millón —repuso Duke—. Lo iba a conseguir traicionando a su país.

—Sí, eso es un consuelo. En fin, volveré a mi vida rutinaria de siempre.

—No creo que te dure mucho la rutina. Eres una buena chica y pronto encontrarás un hombre que te quiera. Tal vez un millonario.

—Esos resultan difíciles de pescar.

—Tú tienes un buen anzuelo.

—Gracias. Pero me conformaría contigo.

—¿Qué?

—¿No sientes nada por mí?

—Oh, sí, mucha simpatía.

—¿Nada más, miserable?

—No soy tu tipo, Helen; no te convengo...

—Ven aquí y bésame. Martin se acercó a ella.

—No tengo un centavo... —dijo, y la besó en los labios—. Soy pobre como las ratas, vivo al día...

—Pero eres adorable.

—Será mejor que vuelva a mi habitación.

—No seas tonto...

—Mira que no respondo de mí, Helen.

—Atrévete.

Duke la besó con más fuerza que antes.

—Te voy a lastimar la espalda, Helen...

—¿Quién piensa en eso ahora? Ya no me duele. De pronto, Martin apartó su boca de la de ella.

—Sigue, Duke...

Martin le alzó la muñeca donde tenía la pulsera.

—¿Qué fue lo que te regaló?

—¿Qué?

—Dijiste que Mark te regaló un nuevo colgante la víspera de su muerte.

—Sí.

—¿Qué fue?

—El Buda...

—Sácalo.

—No te comprendo.

—Saca ese Buda, date prisa.

—Necesito una lima.

Martin se metió la mano en el bolsillo y sacó el cortaúñas, que estaba provisto de una pequeña lima.

—¿Qué es lo que piensas, Duke?

—Te lo diré cuando haya examinado ese Buda.

—Creo que te equivocas, es un colgante como los demás. Helen le dio el Buda y el cortaúñas.

Duke trabajó en el pequeño Buda, Lo abrió por la mitad.

Algo cayó en el suelo.

Duke se agachó rápidamente y tomó el contenido del colgante.

—¡Un microfilme! ¡Y ya puedes estar segura de que es la información del satélite-espía

«X-15»!

—Duke, eres maravilloso.

CAPÍTULO VIII

Le echó los brazos al cuello y lo besó repetidamente en la boca, en la nariz y en el mentón.

—¿Nos darán una recompensa? —inquirió la joven.

—Sí, creo que tenemos derecho a que el FBI pegue un nuevo pellizco a su presupuesto de imprevistos.

—No nos conformaremos con menos de cincuenta mil dólares.

—Me temo que el FBI no pagará tan bien.

—No pueden estafarnos. He derramado mi sangre por la seguridad del país.

—No te preocupes, cotizaremos bien cada gota de tu preciosa sangre. Pero hemos de regresar en seguida a Nueva York. Me llegaré a comprarte un vestido y, de paso, por los dos billetes para el avión. Mientras tanto, pide a la cocina algo de comer.

—Vuelve pronto.

—Me daré toda la prisa que pueda.

Lo acompañó hasta la puerta y se besaron otra vez. La joven se tendió en la cama y tomó el teléfono.

Le comunicaron con la cocina e hizo el pedido. Los problemas quedaban muy lejos.

Todo marcharía bien a partir de ahora, pensó, mientras ponía el Buda en la pulsera. Regresaría a Nueva York con Duke y cobrarían una buena cantidad de dólares a cambio de aquel microfilme.

No, nunca volvería a la casa de modas.

Pensó en las cosas que compraría con el dinero que recibiría del FBI.

Le gustaban los vestidos caros, los bolsos de piel, las joyas, el perfume francés... Y también le gustaba Duke Martin.

Era un hombre estupendo. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

No era el camarero que traía el pedido de la cocina.

Era una mujer muy bella, de unos veintiséis o veintisiete años, cabello color champaña, ojos verdes, como esmeraldas.

—Querida, creo que se ha equivocado de habitación —dijo Helen.

—No, preciosa. Vengo a verte a ti.

—¿A mí? ¿Acaso me conoces?

—Tú eres Helen Burr, la novia del difunto Mark Allyson. Helen sintió que se le resecaba la garganta.

Se incorporó poco a poco en la cama, hasta quedar sentada en el borde, pero no dejó de mirar a su visitante, la cual había cerrado la puerta.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Escarlata Hudson.

—No he oído hablar de ti.

—Yo, en cambio, he oído hablar de Helen Burr.

—¿A quién?

—A Mark Allyson.

—No te creo.

—Es cuestión tuya creerme o no... Lo importante es que Mark Allyson me dijo que traerías algo para mí.

—¿Que yo traería algo para ti? No digas tonterías.

—Sí, querida. Mark me dijo que me traerías un regalo.

—¿Qué regalo, Escarlata?

—Una pulsera.

Helen sintió un escalofrío en la nuca.

—¿Te he impresionado? —le sonrió Escarlata.

—Ni pizca.

—Bueno, tengo prisa, Helen.

—Hasta la vista.

—No puedo marcharme sin la pulsera que Mark compró para mí. Helen apretó los dientes.

—Puedes largarte con viento fresco, rubia. Pero te vas sin pulsera, porque Mark no me dio nada para ti. Jamás te nombró.

—Quizá fue un olvido suyo. Pero te explicaré cómo es la pulsera y de esa forma me la podrás dar.

—¿Cómo es?

—Como la que llevas en la mano derecha.

—¡Qué casualidad! Mark me compró una, pero no sé que

comprase dos. Escarlata hizo chascar los dedos de la mano izquierda.

—Ahora lo comprendo, Helen.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Mark compró la pulsera para mí, pero te la dio a ti.

—No cuela, rubia.

—¿No?

—Esta pulsera es mía. Mark la compró para mí. Y te voy a decir otra, cosa: no creo que Mark te conociese.

Escarlata abrió el bolso y sacó una pequeña pistola.

—Eres una pequeña mula, Helen.

—Y tú una gran víbora.

—Me vas a dar esa pulsera.

—¿Por qué la quieres?

—Digamos que tiene un valor sentimental para mí.

—¡Oh, sí, tú eres una chica muy romántica! Se te nota en los ojos y en la figura. Respiras espiritualidad por cada uno de tus poros.

—Celebro que me hayas comprendido tan pronto, querida... Dame la pulsera, tengo prisa por marcharme...

—Está bien, tú ganas, traidora... Helen se quitó la pulsera.

—Cuidado, no me la eches en la cara —le advirtió Escarlata.

—Descuida, te la entregaré en la mano.

—Tampoco. Bastará con que la eches hacia acá, pero con suavidad, gatita.

—Ahí la tienes.

Helen arrojó la pulsera y Escarlata la cazó al vuelo. Miró algunas figuras con rapidez y alzó los ojos.

—Gracias, preciosa.

—Muérete.

Escarlata abrió la puerta y salió de la habitación. Helen quedó inmóvil.

No valía la pena que corriese tras de la rubia, ya que ésta sólo se llevaba la pulsera de oro.

¿Pero cuánto tiempo tardaría Escarlata en saber que en el Buda ya no estaba el microfilme?

¿Cómo había sabido aquella mujer, Escarlata, que Mark Allyson había guardado su secreto en el pequeño Buda?

¿Quién era Escarlata? Demasiadas preguntas.

Lo más importante era que ella y Duke tenían que escapar de allí cuanto antes. En aquel momento volvieron a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—Duke...

La joven saltó de la cama y corrió hacia la puerta, cuando ésta ya se abría. Cayó en brazos de Duke.

—Apriétame fuerte.

—Estás temblando, Helen.

—¡Ya lo saben!

—¿Qué es lo que saben y a quiénes te refieres?

—Tuve una visitante, una mujer, Escarlata... La pulsera, el Buda...

—Tranquilízate, Helen, y Cuéntamelo todo.

La muchacha le hizo un relato de lo que había ocurrido durante su ausencia.

—Está bien, Helen. Lo importante es que somos nosotros los que tenemos la mercancía.

—Pero nos la quitarán.

—Eso está por ver. —Duke mostró la pistola que le había quitado a Guy *Cejas Blancas*—. Ahora tengo un arma, no estamos indefensos... Pero será mejor que echemos a correr. Nuestro avión sale dentro de una hora... Te trajo el vestido.

Le entregó una caja.

Cuando la joven se hubo cambiado, Duke abrió la puerta.

El camarero estaba en el hueco, con una bandeja en las manos.

—¿No van a comer? Les traigo lo que pidieron a la cocina.

—Hemos cambiado de opinión; comeremos fuera —dijo Duke. Abonó el importe al camarero, agregando una propina.

Pialen y él bajaron la escalera.

Antes de llegar al hotel habían abandonado el auto que pertenecía a la pandilla de Pierre *el Francés*.

Tomaron un taxi y Duke le dijo al conductor que los llevase al aeropuerto. Llegados a éste, se dirigieron al restaurante.

Se sentaron ante una mesa.

—¿Nos vigila alguien, Duke? —preguntó Helen.

—Por ahora no he visto a nadie sospechoso, o también podría ser que todos lo son. Es lo que ocurre cuando uno se encuentra en

una situación semejante.

—¿Te has encontrado en muchas como ésta?

—Más de las que puedas sumar con tus dedos. Se acercó un camarero y le hicieron el pedido. Poco después estaban comiendo.

De pronto, Helen puso una mano sobre la de Duke.

—¿Qué pasa?

—Escarlata.

—¿Dónde?

—A tu espalda.

—¿Trae compañía?

—Está sola... Ya nos ha visto... Viene hacia acá.

—Deja que se acerque.

Transcurrieron tinos segundos y Duke oyó unos pasos a su espalda.

—Querida Helen —dijo una voz muy dulce—, qué sorpresa tan grata encontrarte aquí...

Duke alzó la mirada y vio por primera vez a Escarlata.

Helen se la había descrito bien. Era una mujer muy hermosa.

—Eh, rubia, ¿qué vienes a hacer aquí? —contestó Helen con belicoidad. Escarlata no perdió la sonrisa. Miró a Duke.

—Tú debes ser Duke Martin.

—Te equivocas, rubia. Soy Rock Hudson, pero viajo de incógnito... Y no me pidas un autógrafa. Tengo la mano cansada de tanto firmar. Dame tu dirección y te lo mandaré por correo.

La rubia rió, mientras ocupaba una silla. Miró fijamente a los ojos de Duke y dijo:

—Sí, ya no tengo ninguna duda, eres el farsante llamado Duke Martín...

—¿Qué es lo que quieres?

—Parece mentira que me recibáis con tan malos modales. Sólo me llegué aquí para devolver algo que pertenece a Helen.

Escarlata abrió el bolso.

—Cuidado, Duke —exclamó Helen—. Guarda ahí una pistola.

No hacía falta que dijese nada, porque Duke ya había puesto la mano en el bolso de Escarlata.

—Cuidado, muchacha, o te la ganas.

—Pero, Martin, yo sólo trato de devolverle a Helen su pulsera... Meteré sólo dos deditos para que estéis tranquilos. ¿Vale así?

—Vale.

Metió dos dedos en el bolso y sacó la pulsera de oro con colgantes. No faltaba ninguno de éstos.

Escarlata señaló el Buda.

—Tengo curiosidad por conocer el relleno de este colgantito.

—Es de oro macizo, como los demás.

—No, y eso es lo que me llena de curiosidad. Todos son de oro macizo menos el Buda.

—Nena, ¿a quién representas?

—A un hombre que es un ogro, el presidente de la Compañía de Metales Preciosos... Ya sabes, uno de esos joyeros... Yo soy, digamos, una especie de corredora.

—Sí, creo que eso lo debes hacer de maravilla. Escarlata parpadeó y se echó a reír.

—Helen, querida, tu chico es una verdadera joya... Qué chistes más buenos sabe hacer... Debes pasarlo muy divertido con él.

—No sabes cuánto.

La joven cerró el bolso y dio un suspiro.

—Bueno, siento mucho dejaros, pero una se tiene que ganar la vida. Fue a levantarse, pero Duke la atrapó por la muñeca.

—Quédate ahí sentada, preciosa.

—¿Hablamos en serio, Martin?

—Inténtalo.

—Quiero que me deis lo que tenía el Buda.

Duke tomó un poco de aire y sopló la palma de su mano hacia Escarlata.

—Ahí lo tienes... Eso es lo que contenía el Buda. Estaba hueco, ¿lo oyes? No había nada.

—¿De veras?

—Sí, muy de veras, y será mejor que te apartes de nuestro camino.

—¿Por qué no sois un poco más comprensivos?

—Nosotros somos muy comprensivos, cariño. Eres tú la testaruda.

—Queréis volver a Nueva York.

—Sí, nuestros papaitos nos echan mucho de menos.

—Entonces, buen viaje...

Duke dejó libre a la rubia y ésta se levantó.

Hizo un saludo con la mano y se alejó de la mesa.

—Duke —dijo Helen—, ¿crees que nos dejarán llegar al avión?

—Tendrán que dejarnos.

—¿Es que te vas a abrir paso a tiros?

—Ahí, al fondo, hay dos policías. Les pediré que nos acompañen.

—Qué gran idea, Duke.

—Anda, come tranquila.

—Ni siquiera sabemos para quién trabaja Escarlata.

—Nos da lo mismo. Puede ser Pierre *el Francés* o el Cerebro, y los dos son nuestros enemigos.

—Tienes razón.

Continuaron comiendo, pero en seguida, Helen dijo:

—He perdido el apetito.

—Y yo también.

En aquel momento, el altavoz anunció que los viajeros del vuelo 976, con destino a Nueva York, debían entrar en la pista, utilizando la puerta número cuatro.

—Listo, nena. Es el nuestro.

Se encaminaron hacia la puerta número cuatro. Justamente a la izquierda estaban los policías.

—Hola, amigos —dijo Duke.

Los dos agentes devolvieron el saludo.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó uno de ellos, alto, de facciones enérgicas.

—Nos acabamos de casar. Mi mujer tenía un admirador. Está medio loco, ¿sabe? La ha amenazado.

—¿Está aquí ese hombre?

—No, pero juró matar a mi mujer y sabemos que tiene pistola. Bueno, sólo queremos que nos custodien hasta la escalerilla del avión.

—Claro, no faltaba más... Los levaremos al avión. El otro policía, un tipo rechoncho, dijo:

—Eh, Alff, se me ocurre algo mejor. No deben salir por la puerta número cuatro.

Llevémoslos por la de emergencia y de esa forma evitaremos la aglomeración.

—Es cierto —dijo el policía llamado Alff—. Sígannos... Duke sonrió a Helen, satisfecho.

—¿Ves, nena? Todo se ha arreglado.

Los policías les flanquearon el camino de aquella puerta de emergencia.

—Pasen por aquí —dijo atentamente el llamado Alff, abriendo la puerta. Cruzaron un corredor.

Alfred, tan correcto como antes, empujó otra puerta.

Los jóvenes cruzaron el hueco y se encontraron en una sala en donde habían muchos bultos.

Los dos quedaron inmóviles.

—¡Duke! —gritó Helen.

Martin se volvió, llevando la mano al bolsillo donde guardaba la pistola. Pero no llegó a sacar el arma.

Los dos policías estaban ante la puerta y ya habían desenfundado. Los dos sonreían.

—¿Qué significa esto, Alff? —preguntó Duke.

—¿Usted qué cree, señor Martin? Helen soltó un gemido.

—¡Son falsos policías, Duke!

—Premio a la chica bonita —dijo Alff y, adelantándose hacia Duke, lo desarmó. En aquel momento llamaron a la puerta y el compañero de Alfred abrió. Escarlata apareció sonriente.

—Qué viaje tan corto hicisteis, ¿verdad, Duke?

—Te voy a achatar la nariz, rubia.

—¿Cuándo?

—Bastará con que te atrape medio minuto a solas.

—Eres tonto, Duke. ¿Harías eso si me pillases a solas? ¿No crees que podrías aprovechar mejor el tiempo? Pero dejemos eso. Ahora lo que me importa es el contenido del Buda de oro.

CAPÍTULO IX

—Cariño —dijo Duke—, suponiendo que el Buda contuviera algo, otra persona se encargó de vaciarlo.

—¡No me digas...!

—Cuando Helen te dio la pulsera en el hotel, nosotros ignorábamos que el Buda pudiese encerrar alguna cosa.

El rostro de la hermosa rubia se transfiguró. Sus ojos relampaguearon.

—Ya basta de tonterías, Duke.

Martin mostró la palma de sus manos, mientras se encogía de hombros.

—¿Qué quieres que haga yo, preciosa? No te puedo ayudar.

—Eso ya lo veremos.

—Lo malo es que no hay tiempo. Nuestro avión va a salir en unos minutos. Tú no querrás que Helen y yo perdamos la oportunidad de regresar al dulce hogar.

—Va a ser cosa vuestra... Alfred, atrapa a la muchacha y ponle el brazo derecho alrededor del cuello.

—Sí, Escarlata.

Alfred se puso en marcha.

Duke fue a interrumpirle el camino, pero el compañero de Alfred le apuntó con la pistola.

—Quieto, muchacho, o te hago un agujero en el ombligo. Helen dio un chillido y echó a correr.

Pero Alfred corrió más y la atrapó cerca de un montón de bultos.

La joven le tiró una tarascada, pero Alfred la burló y la tomó por el brazo. Hizo un movimiento brusco y la joven se dobló en dos, lanzando un grito de dolor.

—¡Espera, Alfred! —gritó Duke.

—¿Decías algo, querido? —preguntó Escarlata, otra vez con la sonrisa en los labios.

—Te daré lo que quieres.

—Sin engaños...

—Claro que no. Helen ya cobró demasiado, no quiero que reciba más.

—¡Qué humanitario eres...!

—Dile a Alff que la suelte.

—Tráela aquí, Alfred.

Alfred y Helen regresaron junto al grupo.

Entonces, Duke pegó un patadón al brazo armado del compañero de Alfred. Le pilló de sorpresa, porque no lo estaba mirando.

La pistola del falso agente salió lanzada por el aire.

Duke no se concedió descanso. Disparó su puño izquierdo contra el hígado de Alfred. Éste soltó a Helen.

La joven se puso a la altura de las circunstancias. Dio un salto felino sobre Escarlata.

Las dos mujeres rodaron por el suelo, mientras daban chillidos.

La atrapó por el cuello.

Martin conectó su derecha en la mandíbula de Alfred, el cual rodó por el piso.

Helen pegó un puñetazo en la cara de Escarlata, y tuvo bastante para dejarla sin conocimiento.

El compañero de Alfred había ido en busca de su pistola y estaba demasiado lejos para impedirselo.

Duke abrió la puerta.

—¡A correr, Helen!

La joven salió por el hueco y Duke lo hizo detrás. Sonó un estampido y la bala se clavó en la pared.

Martin tomó de la mano a la muchacha y los dos corrieron por el pasillo. Abrieron una puerta y se encontraron fuera del edificio.

Oyeron los zumbidos de los aviones.

—¡Deben faltar unos minutos para que salga el nuestro! —gritó Duke—. ¡Vamos a la pista!

No se habían detenido.

Pero se encontraron con un obstáculo. Una reja muy alta.

—¡Dios mío! —exclamó Helen—. Estamos al otro lado de la pista.

—Debe haber una puerta... Siguieron corriendo junto a la verja.

—No hay ninguna puerta... —gimió Helen.

—¡Allí está nuestro avión! —dijo Duke—. Están subiendo los últimos pasajeros...

—Haz señales para que te vean. Duke se puso a saltar y a dar gritos.

Un viajero se volvió antes de entrar en el avión y respondió saludando con la mano antes de desaparecer en el interior del avión.

—No le ha entendido —dijo Helen.

Siguieron corriendo, acercándose al «*Jet*» que iba a volar hacia Nueva York. Los cuatro reactores funcionaban produciendo un ruido atronador.

Duke siguió gritando.

—Es inútil, Duke, no te oyen...

—Pero deberían verme... Te ayudaré a saltar la verja y luego lo haré yo.

—Sí, Duke.

Helen trepó por la reja, ayudada por Duke.

De repente, algo silbó junto a la oreja de Martin. Tiró de la joven hacía ahajo, la cual cayó al suelo.

—¿Qué pasa, Duke?

—Esos malditos nos tienen localizados. Están disparando contra nosotros. Otra vez echaron a correr, alejándose de aquella zona iluminada.

No podían oír los disparos, debido al ruido del avión. —Duke —gimió Helen—, el «*Jet*» se va sin nosotros. Ya han cerrado la puerta de los pasajeros.

—Olvidalo.

Poco después llegaron a una zona envuelta por la oscuridad.

—¿Qué vamos a hacer, Duke?

—Ya pensaré algo.

Poco después, Helen se detuvo.

—No puedo más, Duke.

—Está bien, creo que logramos despistarles, al menos de momento.

—¡Duke, tengo la solución! —exclamó Helen, jubilosa—. ¿De qué se trata?

—Habla con Baxter... Cuéntale todo, dile que tenemos lo que él

quiere... Nos prestará ayuda... Es nuestra única solución.

—Quizá sí. Hemos de regresar a la ciudad.

—Sí, Duke, es lo mejor.

Fueron a la zona de estacionamiento.

Un autobús iba a salir con dirección a Los Ángeles.

—Date prisa, Duke.

Pero él tiró de ella con fuerza.

—Están ahí, Helen... Junto al autobús... Los dos falsos policías...

—¡Alfred ya nos ha visto! Echaron a correr otra vez. Oyeron la voz de Alfred:

—¡Eh, ustedes! ¡Deténganse! ¡Es la ley quien lo ordena!

Duke hizo rechinar los dientes.

—Malditos embusteros...

Se metieron entre los automóviles aparcados. Fueron de un lado a otro, avanzando en zigzag.

Se detuvieron en cuclillas, junto a un automóvil.

Duke trató de abrirlo, pero estaba cerrado. Lo intentó con otro, pero fracasó también. Oyeron los pasos de Alfred.

Quedaron inmóviles, conteniendo la respiración.

—Eh, Ben —dijo Alfred—, ¿no les has visto?

—La última vez corrían hacia la derecha —contesté el llamado Ben—. No pueden haber ido muy lejos.

—Tú por la derecha, yo por la izquierda.

—De acuerdo.

Helen dio un suspiro cuando los dos falsos policías se alejaron. Duke tiró de ella y se deslizaron por otro callejón de vehículos. Por fin lo logró.

Una de las puertas obedeció a su impulso. La llave de contacto estaba en su sitio.

Duke se puso ante el volante y Helen se sentó si lado. Puso el motor en marcha y sacó el vehículo de allí.

De pronto, vio a Alfred correr para interponerse en su camino. Tenía la pistola en la mano.

Gritó a su compañero:

—¡Eh, Ben! ¡Están aquí...! ¡Quieren escapar!

El falso policía se puso delante y levantó la pistola para disparar. Helen se agachó, mientras Duke hundía el pie en el acelerador.

El motor rugió como veinte tigres.

La proa del automóvil golpeó contra Alfred, lanzándolo al aire.
Helen dio un chillido.

CAPÍTULO X

El automóvil corría camino de Los Ángeles. Martin miraba el espejo retrovisor.

—¿Nos siguen? —preguntó Helen.

—Les sorprendimos y no tuvieron tiempo para reaccionar. Contamos con unos minutos de ventaja y hemos de aprovecharlos.

Duke llevó el automóvil hacia Santa Mónica.

En cuanto tuvo oportunidad, abandonó la autopista y metió el auto por una carretera secundaria.

Unas diez millas más allá, vio un motel. Se llamaba La Estrella de Plata.

—Creo que éste es un buen sitio —dijo Duke—. No está muy lejos del aeropuerto y Baxter nos tendrá más a mano cuando llegue.

Entraron en la oficina, que era atendida por un muchacho rubio, de cara pecosa.

—Hacemos nuestro viaje de luna de miel —sonrió Duke—. Soy Michael Holmes. Le presento a mi mujer, Norma.

—Enhorabuena —dijo el muchacho—. Yo soy Bob Sullivan. Pueden elegir entre seis cabañas. Todas son buenas.

—Preferimos la más alejada de la carretera, ya sabe, por los ruidos.

—¡Oh, sí, desde luego...!

Duke hizo la inscripción en el libro y pagó el hospedaje de dos días.

Cuando se encontraron a solas en la cabaña número cuatro, Helen se tendió en el diván.

Martin descolgó el teléfono.

—Eh, Bob —dijo, cuando oyó la voz del muchacho—. Quiero una conferencia de larga distancia, con Nueva York.

—Dígame el número.

Martin se lo dio.

—No se retire, señor Holmes.

El teléfono sonó a la otra parte insistentemente. Pero nadie descolgaba el auricular. Duke esperó.

El timbre seguía sonando.

—Señor Holmes —dijo Bob Sullivan—, no contestan a su llamada.

—Lo intentaremos de nuevo dentro de un rato... Gracias. Dejó el auricular en la horquilla.

—Baxter debe haber salido. Se sentó al lado de Helen.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor... ¿Crees que pasaron los peligros?

—Todo irá bien a partir de ahora.

—Cuánto me alegra oírte decir eso...

—¿Quieres que lo celebremos? Ese muchacho debe tener alguna botella.

—Sí, Duke. Creo que nunca he deseado tanto emborracharme.

—Bueno, no hace falta emborracharse para celebrar una fiesta. Duke salid de la cabaña y fue a la oficina.

Bob Sullivan no tenía champaña, pero le vendió una botella de *whisky*.

—¿Les pongo otra vez la conferencia con Nueva York? —Dame tiempo para llegar a la cabaña.

Helen seguía tendida en el diván.

—Anda, nena, trae un par de vasos, mientras yo intento hablar con Baxter. La joven le besó en los labios antes de que él descolgase de nuevo.

—¿Listo, señor Holmes? —Oyó la voz del muchacho—. Sí, Bob. Otra vez la señal en Nueva York.

Una, dos, tres veces... Descolgaron.

—¿Sí? —dijo una voz.

—¿Baxter?

—El mismo.

—Soy su representante en Los Ángeles.

—¿Usted? Le creí viajando a Nueva York.

—Las cosas se complicaron desde que hablamos.

—¿Qué pasó?

—Ya lo tenemos.

—¿Qué es lo que tienen?

—Lo que usted buscaba con tanto ahínco.

—¿Es cierto?

—¿Por qué le iba a engañar, Baxter?

—¿Dónde lo encontraron?

—Helen siempre lo llevó consigo. Podíamos habernos ahorrado este viaje. Estaba en su pulsera de oro, en un colgante, concretamente en un Buda.

—¿Por qué infiernos no están camino de Nueva York? Debieron tomar el primer avión.

—No se pase de listo, Baxter. ¿Cree que sólo usted tiene cabeza? Es lo que intentamos hacer Helen y yo, pero no nos dejaron.

—¿Dónde están?

—En un motel.

—¿No me diga que se fueron al motel La Golondrina?

—No está muy brillante esta noche...

—¿Qué motel es?

—La Estrella de Plata, en la carretera de Santa Mónica, conforme se sale del aeropuerto... No podemos movernos de aquí. Hay demasiada gente interesada en conocer los secretos del Buda...

—Está bien. Me pondré en camino inmediatamente.

—Tráigase un regimiento. Sólo así daremos nuestra conformidad para salir de esta cabaña.

—Descuide, Martin. Serán protegidos.

—He oído demasiadas veces eso para que me sienta alegre... ¿Cuándo llegará, Baxter?

—Estaré ahí en unas horas. Saldré en el primer avión.

—De acuerdo, Baxter.

—Ah, muchacho... Se me olvidaba. Mis felicitaciones. Hizo un buen trabajo.

—Se lo diré a Helen. Fue quien llevó la peor parte en este maldito lío... ¡Ah, otra cosa, Baxter!

—Diga.

—La chica cree que vamos a recibir cincuenta mil dólares de ustedes.

—Eso es una locura.

—Vamos, Baxter, no sea tacaño... ¿Hubiese preferido que el Francés o el Cerebro hubiesen recibido la mercancía por un millón?

—No me gusta el chantaje.

—No debe considerarlo como un chantaje, Baxter... ¿Por qué no verlo como un negocio que hace su Departamento? Estaría más de acuerdo con la realidad, ¿no le parece?

—Veré lo que se puede hacer.

—Buen chico.

Martin colgó y Helen le alargó un vaso de *whisky*.

—Estuvo duro, ¿verdad, Duke?

—Los muchachos del FBI son unos traganiños, pero esta vez tendrán que damos una buena porción de pastel...

—Por nuestro éxito —dijo ella, levantando su vaso. Bebieron un trago.

Ahora fue Helen quien le quitó el vaso a Duke y lo dejó sobre la mesa, junto al suyo. Luego se acercó a Martin y le echó los brazos al cuello.

—Duke, quiero confesarte algo... Creo que me he enamorado de ti.

—No es una noticia mala.

—Ahora nadie nos va a molestar.

—Espero que no —dijo Martin, y la besó en la boca. Ella se apartó y dijo:

—Querido, ¿no crees que debes apagar la luz? Martin la apagó.

Martin despertó oyendo que llamaban a la puerta. Consultó su reloj. Eran las cinco de la madrugada. Debía ser Baxter.

Había preferido montar guardia en el diván, mientras Helen dormía en la cama; y también tomó la precaución de cerrar la puerta con llave.

—¿Quién es? —preguntó.

—Baxter.

—Ahora le abro, inspector. Abrió la puerta.

Le empujaron desde el porche. Martin retrocedió tambaleándose.

En la cabaña no entró Baxter, sino Pierre *el Francés*, acompañado de tres hombres.

Dos de ellos tenían la pistola en la mano. El último cerró la puerta a su espalda.

—Gracias por haberse dejado engañar —sonrió Pierre *el Francés* —. En algunas ocasiones soy imitador de voces. ¿Quiere que le suelte un discurso con la voz del presidente Ford? ¿O prefiere oír a

Paul Newman en una de sus magníficas interpretaciones?

—Prefiero escucharle en su vos natural, y así oiré al mayor hijo de perra del mundo...

Uno de los hombres armados golpeó a Martin con la pistola. Duke doblóse hacia adelante.

Pero sólo era una argucia.

Saltó como impulsado por muelles y estrelló su derecha en el maxilar inferior del que le había golpeado con la pistola.

El tipo tropezó con una silla y dio una vuelta de campana, cayendo despatarrado en el suelo.

Martin se volvió para lanzarse sobre Pierre *el Francés*, pero otro tipo le apuntó al estómago con su pistola.

—Anda, valiente, sigue la pelea y te vas al infierno. Duke decidió no seguir la pelea.

—Ande, señor Martin, siéntese —dijo Pierre *el Francés*—. Será mejor para su salud. Duke ocupó un sillón.

El hombre que no estaba armado había abierto el dormitorio donde se encontraba Helen.

Martin oyó el grito de la joven cuando despertó.

—¿Quién es usted? —dijo ella.

—El hombre de las sorpresas... Fuera tienes visita.

—Salga de aquí, tengo que vestirme...

—¿Crees que soy idiota? Échate una sábana.

—Señorita Burr —dijo Pierre *el Francés*—, está usted igualmente atractiva cuando se despierta.

—¿Por qué no me deja en paz? ¿Es que no me hizo ya bastante daño?

—Un poco de serenidad, señorita Burr. Duke preguntó:

—¿Cómo dieron con nosotros, Pierre?

—Supimos del jaleo que armaron en el aeropuerto... Mis hombres les han estado buscando durante muchas horas... Uno de ellos dio con este motel. Tenían orden de registrar hasta debajo de las piedras.

—Tiene unos muchachos muy eficientes. Pero ¿por qué no trajo a Escarlata?

—¿Escarlata?

—No me diga que no conoce a la rubia.

—Sí, la conozco, pero se equivoca. No trabaja para mí. Ella es

un agente del Cerebro. Duke sonrió a Helen.

—¿Qué te parece, pequeña? Somos las personas más solicitadas del país. Creo que a partir de ahora no se va a celebrar una fiesta sin nosotros... Tendremos que pedir precio... Vamos de unas manos a otras, de las de los empleados del Cerebro, a las de los de Pierre *el Francés*.

—Le aseguro que están mejor conmigo que con Escarlata.

—Eh, Pierre, yo no soy de éstos. Nunca me convencerá para que le prefiera a una mujer...

Pierre *el Francés* abofeteó a Martin.

—Es usted estúpido, señor Martin... Lo tomará a broma, pero Escarlata es la mujer más cruel que yo he conocido.

Duke sintió el sabor de la sangre. Pierre le había partido el labio inferior.

—Entérese bien, señor Martin —prosiguió el calvo—; si usted cayese en manos de Escarlata, ella le sacaría la mercancía y luego le arrancaría los ojos... Escarlata es de esa clase.

—¿Y qué es usted, Pierre? ¿Una hermanita de la Caridad? Pierre fue a golpearle otra vez, pero Duke levantó la mano.

—Eh, cuidado, Pierre. Me ha pegado una vez, pero no dos.

—Es usted un loco irresponsable. Le están apuntando con la pistola, ¿no sabe que le pueden matar?

—Claro que lo sé, pero entonces se quedará sin lo que tanto desea.

El hombre que Martin había golpeado volvió en sí, soltando maldiciones.

—¡Jefe, déjemelo a mí! —gritó—. ¡Empezaré por romperle los huesos de los dedos!

—Eh, Pierre, dígame a su Quebrantahuesos que se esté callado o tendré que vapulearle otra vez.

El aludido fue a lanzarse sobre Martin, pero Pierre le detuvo con un ademán.

—Espera, Nick. Podemos arreglar las cosas bien, sin necesidad de que corra la sangre.

¿No es verdad, Martin?

—Lo mismo digo yo.

—Celebro que estemos de acuerdo...

—Nena —dijo Duke—, saca la botella de *whisky*. ¿No te han

enseñado que debemos festejar a los amigos?

—Deje el *whisky* —repuso Woolley.

—Comprendo. No beben en acto de servicio.

—Siento interrumpir su ingenioso diálogo, señor Martin. Usted quiere hablar, entretenernos con su *whisky* porque, indudablemente, espera que llegue alguien... Pero nuestros intereses no coinciden en este caso. Nosotros queremos marcharnos cuanto antes. Ahora vea a mis hombres, señor Martin. Son ellos los que tienen las pistolas. Usted, en cambio, no tiene nada. ¿Ha llegado ya a la conclusión lógica que es usted quien tiene que obedecer?

—Usted es un tipo grande argumentando, señor Woolley.

—Quiero el informe secreto del satélite-espía

«X-15»...

¡lío conteste todavía! Le advierto, que esta vez no me andaré con rodeos... Nick, cuenta hasta cinco, y si para entonces el señor Martin no me ha entregado lo que le lié pedido, le metes una bala en la rótula.

—Sí, jefe —dijo Nick, y se puso a contar mentalmente. Martin no se inmutó.

—¡No dispare! —gritó Helen—. Yo tengo el microfilme.

—Debiste quedarte callada —protestó Duke.

—No puedo consentir que te maten.

—Estos hombres son unos traidores.

—No somos del FBI. Son ellos quienes tienen el deber de luchar contra esta gentuza... No pueden obligarnos a dar más de lo que podemos.

Pierre *el Francés* dejó oír su voz:

—Tampoco me interesa esta conversación patriótica... Señorita Burr, traiga inmediatamente el microfilme.

—Ahora mismo.

La joven se dirigió al dormitorio y el hombre que la había despertado fue tras ella. Woolley esbozó una sonrisa.

—Tiene suerte en haber encontrado una compañera tan comprensiva, Martin.

—Sí, no me puedo quejar... Dígame, Woolley, ¿a quién va a vender el secreto?

—Tengo varios postores. Todavía no sé... Quizá alguien llegue a

dar más de un millón de dólares y él será entonces quién se lleve la mercancía.

—Es un buen comerciante.

—Siempre lo he sido.

Helen salió del dormitorio con su guardián.

Traía en la palma de la mano el microfilme que, durante algún tiempo, había estado encerrado en el Buda colgante de su pulsera.

—Aquí lo tiene, señor Woolley, y ojalá que le sirva de veneno. Pierre *el Francés* alargó su mano para tomar el microfilme.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y apareció el inspector Baxter, del FBI, flanqueado por dos hombres.

Los tres llevaban pistola.

—¡Quieto todo el mundo! ¡Abajo las armas!

CAPÍTULO XI

Los hombres de Pierre *el Francés* no tuvieron en cuenta aquella orden del inspector del FBI.

Se dispusieron a emplear las pistolas.

Martin saltó sobre Helen y la arrastró hasta el suelo, porque no tenía duda que sobre aquella estancia iba a caer una lluvia de balas.

No se equivocó.

Las armas tronaron.

Pierre *el Francés* se dejó caer, gritando:

—¡No disparen...! ¡Me entrego...! Las pistolas enmudecieron.

Duke dio un beso a Helen.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

Baxter era dueño de la situación.

Nick y los otros dos hombres al servicio de Pierre estaban muertos.

Baxter miró a uno de sus compañeros, que estaba tumbado y con la cabeza deshecha de un balazo.

—Lo siento, chico...

Baxter se acercó a Pierre *el Francés*, que estaba de rodillas.

—Eres un miserable —le pegó con el cañón del revólver en la mejilla. Pierre *el Francés* cayó hacia atrás.

El microfilme había quedado en el suelo. Duke lo tomó y lo sopesó en la mano.

—Parece mentira que por tan poca cosa muera tanta gente... Creí que no llegaría a tiempo, Baxter.

—Me di toda la prisa que pude... ¿Es eso el informe del satélite-espía?

—Sí.

—Démelo.

—Eh, un poco más despacio, Baxter. ¿Y el dinero?

—Recibiré veinticinco mil dólares.

—La chica pidió cincuenta mil.

—No podré conseguir más, y veinticinco mil es un buen precio. Tengan en cuenta que este servicio lo debían prestar voluntariamente.

—Oh, sí, y también debíamos morir.

—Mi jefe les habría propuesto en el Congreso para una medalla.

—Para usted los laureles, inspector... Recuerde: Helen y yo somos dos ciudadanos que tenemos que trabajar para vivir.

—¡Muy gracioso...! Está bien, vendrán conmigo y les daré el dinero... ¿Puede fiarse de mí? —Baxter sonrió, alargando la mano.

—Claro que sí, inspector. —Duke sonrió también, mientras depositaba el microfilme en la mano del inspector.

—Vístase aprisa, señorita Burr. Nos vamos. Este lugar es peligroso. Sólo pude conseguir la ayuda de dos hombres y quiero verme lejos de aquí cuanto antes.

—¿También tiene usted miedo?

—Recuerden que si hemos acabado con Pierre *el Francés*, todavía queda el Cerebro, y yo aseguraría que es la pandilla más peligrosa.

El agente del FBI había puesto las esposas a Pierre *el Francés*, el cual había aceptado su nueva situación con filosofía.

Helen salió vestida del dormitorio.

Abandonaron la cabaña y entraron en un auto negro.

El compañero de Baxter, que respondía al nombre de Peter Astor, ocupó el volante y a su lado se sentó Helen.

Detrás se sentaron el inspector, Pierre *el Francés* y Duke Martin.

—No tiene ninguna prueba contra mí —dijo Pierre, cuando el vehículo se puso en movimiento.

—No, no tengo ninguna —contestó Baxter—. Salvo que le atrapé con las manos en la masa.

—Llegué a esta cabaña por casualidad.

—¡No me diga...!

—Pedí auxilio. Tuve una avería en el motor de mi coche.

—Es usted un idiota. ¿Cree que el fiscal general de Estados Unidos se va a tragar eso?

El muchacho del motel, Bob Sullivan salió en aquel momento de la oficina. Se le veía asustado.

—Eh, Baxter —dijo Martin—. Ese chico debe haber avisado a la policía después de haber oído el estruendo de la cabaña número cuatro.

—Ya me entenderé con ellos luego. Ahora no quiero correr ningún riesgo. El Cerebro debe estar cerca.

Pierre *el Francés* intervino:

—Puede estar seguro de que lo está. Yo le tomé ventaja para llegar a la cabaña, pero no me sirvió de nada.

—Aprieta a fondo el acelerador, Peter —dijo Baxter.

El aludido obedeció y el auto fue aumentando la velocidad. El inspector Baxter dio un suspiro.

—Ustedes, los espías, tienen un defecto, Pierre; no saben retirarse a tiempo. Tomemos su caso. Consiguió algunos secretos y cada uno de ellos le valió una buena bolsa... Nunca debió regresar a Estados Unidos.

—Oiga, inspector, no tengo nada que ver con cualquier cosa que haya ocurrido en su país.

—Quiero hacer un trato con usted, Pierre.

—¿Sí?

—Lo confesaré todo. Ya no vivimos en los tiempos de la caza de las brujas. No le condenarán a muerte. Si colabora con nosotros, conseguiré una recomendación para el fiscal general... Puedo garantizarle que no se pasará más de diez años en la cárcel... ¿No le parece que soy benévolo?

—Mucho, inspector.

—Entonces, conteste a la primera pregunta... ¿Quién es el Cerebro?

—Seré sincero con usted.

—Venga.

—Hace un par de semanas estuve a punto de saber quién era el Cerebro. Recibí un soplo. Alguien estaba dispuesto a descubrirme la identidad de mi rival... Yo gustosamente habría llegado a un acuerdo, pero me pidieron demasiada plata. Diez mil dólares.

—¿No creyó que valía la pena pagar esos diez mil por aplastar a un hombre como el Cerebro? Le ha quitado a usted algunos trabajos.

—Últimamente he procurado no coincidir con él.

—¿Por qué coincidió en éste?

—Era un asado demasiado bueno... Un millón o más, a cambio del informe secreto del satélite-espía «X-15».

No, hasta ahora no eché mano a nada que valiese tanto.

—¿Quién estaba dispuesto a informarle de la identidad de el Cerebro?

—No dijo su nombre.

—Quizá fuese una trampa.

—No, no creo que lo fuese.

—¿Por qué no?

—Me dio detalles... Dijo que él y una mujer rubia que trabajaba para el Cerebro, Escarlata, querían apartarse de la banda. Estaban enamorados y querían largarse. Pero necesitaban, al menos, diez mil dólares para llegar hasta un país sudamericano. Quería llevar las cosas en secreto para que el Cerebro no se enterase o, de otro modo, morirían...

—Fue una lástima que no pagase usted los diez mil dólares, Pierre.

—Opino de distinta forma, inspector. No ha sido el Cerebro quien ha acabado conmigo, sino el FBI.

De pronto sonaron unos estampidos. Las balas golpearon en la carrocería.

—¡Agáchate, Helen! —gritó Martin.

El vehículo se puso a zigzaguear por la carretera.

Duke creyó que el conductor, Peter Astor, habría sido alcanzado por una bala.

Pero en seguida se dio cuenta de que el conductor estaba haciendo eses para evitar las balas.

—¡Peter! —gritó Baxter—. ¡Saca el automóvil de la carretera! ¡Mételo en el bosque que hay a la derecha!

Pierre *el Francés* se había hundido en el asiento y rió.

—¿No quería conocer a el Cerebro, inspector? Pues ahí lo tiene, en persona, con toda su gente... Ya puede estar seguro de que esto es una trampa.

El inspector Baxter endureció las facciones.

—Me debieron descubrir cuando íbamos al motel, y prefirieron esperarnos aquí... Peter Astor sacó el automóvil de la carretera.

Los proyectiles seguían cayendo sobre la carrocería, pero poco

después el vehículo ganó la espesura.

Dejaron de oírse estampidos.

Peter Astor sorteó unos cuantos árboles, pero finalmente frenó.

—No puedo seguir adelante, inspector...

—Saltemos fuera. Nos defenderemos mejor. Salieron del vehículo y se parapetaron tras de él.

Todos empuñaban pistolas, excepto Pierre *el Francés* y Helen. De pronto se dejó oír una metralleta.

—¡A tierra! —exclamó Baxter.

Las balas repiquetearon en el metal y algunas rebotaron con escalofriante silbido.

—Mala situación, ¿eh, inspector? —dijo Martin.

—Yo diría que pésima.

—¿Cuántos cree que son?

—Ocho, diez, quizá doce... Pero lo peor es que están bien armados.

En aquel momento, Duke vio correr por entre los árboles a un hombre. Apuntó e hizo fuego.

El individuo dio una voltereta en el aire y se derrumbó lanzando un aullido.

—Buen disparo, Martin —dijo Baxter.

—Gracias, inspector. Pero no creo que haya arreglado mucho las cosas.

Como réplica al acierto de Duke, cayó sobre el automóvil otra granizada de balas.

—Helen, no levantes la cabeza —dijo Duke.

—No te preocupes. La quiero conservar sobre los hombros. De pronto. Pierre *el Francés* echó a correr.

—¡Eh, Pierre, vuelva acá! —gritó Baxter.

Pierre no hizo ningún caso. Corrió por entre los árboles.

Sonó una ráfaga y el fugitivo saltó en el aire como un muñeco al ser atrapado por los plomos.

—Pobre imbécil —dijo Baxter.

Peter Astor se arrastró junto a su superior.

—Inspector, esto se pone cada vez más feo.

—Sí, Peter.

—Uno de nosotros tiene que escapar de aquí para buscar ayuda.

—Creo que no hay otra salida.

—Inspector, quiero ser yo.

—No, Peter, no lo puedo consentir... Yo seré quien vaya.

—Pero, señor Baxter...

—Silencio, Peter. Te quedas con Martin y la señorita Burr. Es una orden.

—Como usted quiera, inspector. Baxter miró a Martin.

—Espero que esta aventura no acabe como el Cerebro quiere.

—¿No cree que es una locura tratar de salir de aquí? Ya ve lo que le pasó a Pierre *el Francés*.

—No hay más remedio. Traten de resistir todo lo que puedan. Volveré.

—Buena suerte, inspector.

—Cúbranme, si es necesario.

Martin y Peter hicieron un gesto afirmativo. Baxter se deslizó hacia la proa del automóvil. Ahora no disparaba nadie.

El inspector se dejó caer en el suelo y empezó a deslizarse sobre la hierba. Avanzaba despacio, sin hacer ruido.

Pero llegó un momento que tuvo que levantarse, porque encontró ante sí una barrera de vegetación.

Entonces fue descubierto.

Sonó un estampido y la bala chocó contra un árbol.

Duke se asomó por encima del automóvil y vio al individuo que había disparado contra el inspector y que se disponía a hacer fuego otra vez.

Ahora Duke le sacó ventaja. Apretó dos veces el gatillo. El sujeto se derrumbó.

Baxter continuó corriendo.

Pero entonces sonó una ráfaga.

El inspector Baxter cayó, desapareciendo entre las hojas. Helen lanzó un grito.

—¡Le han alcanzado...!

Peter se dejó caer en el suelo, apoyando la espalda en una rueda del coche.

—Debió dejarme a mí...

—Creo que esto no tiene solución —dijo Martin—. Son demasiada gente y nos tienen acorralados.

—¿Qué se le ocurre, Martin?

—Sólo hay dos posibilidades. Seguir luchando, y entonces

acabarán con nosotros. La otra, rendirse.

—¡No podemos rendirnos!

—¿Por qué no, Peter? Ya no tenemos nada. El microfilme se lo llevó el inspector. Si lo tumbaron, tendrán que quitárselo a él, y si logró escapar, que le busquen.

Como si hubiese escuchado a Martin, en aquel momento les llegó una voz por entre los árboles:

—¡Eh, amigos, no tienen salvación...! Era la voz de un hombre.

—¿Me oyen? Somos una docena y les tenemos rodeados... Pierre *el Francés* y el inspector Baxter trataron de escapar y sólo consiguieron irse al infierno... Seremos benévoloos con ustedes... Sólo nos interesa la documentación secreta, y ustedes saben cuál es.

Martin se dirigió a Peter:

—Oiga, Astor, tal como están las cosas, ¿no cree que debe ser un poco comprensivo?

—Ustedes son paisanos, pero yo me debo a un juramento.

—Oiga, Peter, ¿es usted casado?

—Sí.

—¿Hijos?

—Todavía no; me casé hace tres meses.

—Entonces le diré una cosa... Más vale un soldado vivo que un héroe muerto.

—Sí, le entiendo. Usted cree que si hoy fracaso, mañana puedo prestarle un servicio a mi país.

Peter se rascó una mejilla, con gesto meditabundo. Por fin, agregó:

—Está bien, Martin, puede decirles que nos rendimos...

—¡Eh, oiga...! —gritó Martin—. ¿Me oye?

—Sí, le escucho —le respondió la voz de antes.

—Estamos dispuestos a entregarnos, a condición de que respeten nuestras vidas...

—Claro que sí, muchacho. ¿De qué nos vale que ustedes mueran? Dejen las pistolas y salgan de ahí con los brazos en alto.

Peter y Martin dejaron las armas en el suelo. Duke ayudó a levantarse a Helen.

Entonces, los tres alzaron los brazos y salieron de su escondite.

De la espesura fueron saliendo hombres que manejaban armas, algunos de ellos con metralleta.

Un tipo con pelo cortado a cepillo y nariz chata, se acercó a los prisioneros.

—Van a venir con nosotros... ¡Eh, Alexis, ocúpate de los muertos! Regístrales y lleva a la casa lo que les encuentres...

El llamado Alexis, un tipo rechoncho, se encaminó hacia el lugar donde habían caído Pierre *el Francés* y el inspector Baxter.

—Echen, a andar —ordenó el hombre de la nariz chata a los cautivos.

CAPÍTULO XII

El lugar adonde fueron conducidos era una casa de campo que contaba con un jardín y una piscina.

Entraron en la casa, a un espacioso *living*.

Martin habló al hombre de la nariz chata:

—Eh, amigo, no hubo necesidad de que nos trajese aquí.

—¿Usted cree que no?

—No tenemos lo que busca...

—Siéntense y estén tranquilos.

—¿A qué hemos de esperar?

—No haga preguntas, Martin...

Duke se encogió de hombros y se sentó junto a Helen, en un diván. Peter Astor ocupó un sillón.

El hombre de la nariz chata salió de la habitación, pero quedaron dos hombres junto a la puerta y tenían las pistolas a la vista.

Peter carraspeó.

—Creo que cometimos un error al entregarnos. No nos dejarán salir de aquí con vida.

—¿Por qué ha de ser tan pesimista, Peter?

—Es muy sencillo. Nosotros hemos visto sus caras y podemos recordarles, especialmente yo, que pertenezco al FBI.

—Si se lo cargan a usted, también nos retirarán de la circulación a nosotros. No pueden dejar ningún testigo.

—Ahora habla con lógica, Martin. Fuimos testigos de la matanza en el bosque. Nos tendrán que eliminar.

Duke no dijo nada. Se apoyó en el respaldo del diván. Helen le apretó una mano.

—Tengo una extraña sensación, la de que he vivido unos años en unas cuantas horas.

—Sí, lo mismo me pasa a mí.

Se abrió la puerta y apareció Escarlata. Estaba más hermosa que nunca.

—Caramba, volvemos a encontrarnos —sonrió—. Es grato volver a ver a viejos conocidos... ¿Cómo estás, pequeña gatita?

—Muy bien, gran víbora —repuso Helen.

—Oye, Escarlata —intervino Martin—: Helen tiene una fuerte jaqueca y le gustaría volver a casa pronto... ¿Qué te parece si consigues un permiso especial para nosotros? Después de todo, ya no os servimos para nada.

—No podéis marcharos sin ver a nuestro jefe.

—¿A vuestro jefe? ¿Te refieres al Cerebro?

—Sí.

—No, gracias; no quiero conocerle.

—¿Por qué no?

—La respuesta es sencilla. Si le vemos la cara, os veréis en la obligación de matarnos...

—Comprendo tu punto de vista.

—Gracias. —Duke se puso en pie, tomando a Helen por el brazo—. Vamos, muchacha.

Escarlata hizo chascar los dedos, y los dos hombres que estaban junto a la puerta cubrieron ésta y apuntar ron con sus armas a Martin.

Duke se detuvo y dio un suspiro.

—¿Qué pasa ahora, Escarlata?

—Te diré algo, Martin, El Cerebro quiere conocerte.

—¿Por qué quiere conocerme? Soy un hombre de lo más vulgar... Mi amigo Lou Bates y yo pasamos hambre, frío... y casi nunca tenemos dinero ni siquiera para pagar el hotel.

¿Por qué un hombre tan importante como el Cerebro se va a rebajar a conocer a un muchacho como yo?

—Eres muy modesto.

—Por eso me aprecia la gente.

—También te apreciará el Cerebro.

—¡Y duro con eso...!

En aquel momento se abrió de nuevo la puerta. Helen lanzó un grito.

El hombre que acababa de entrar en la estancia era el inspector Baxter, del FBI. Helen corrió a su encuentro.

—¡Señor Baxter, gracias a Dios que ha venido con sus hombres...!

El inspector se detuvo, sonriendo. Helen había enmudecido.

Los dos hombres continuaban de guardia junto a la puerta con las pistolas en la mano. Duke entornó los ojos.

—Le felicito, inspector Baxter... También logró engañarme a mí... Helen tragó saliva.

Levantó la mano y apuntó con el dedo índice la cara del inspector Baxter.

—Entonces..., usted... Usted es el Cerebro...

—Sí, querida...

Peter Astor se levantó de un salto.

—¡Inspector Baxter, es imposible! ¡Usted no puede ser el Cerebro...!

—Sí, Peter, lo soy.

Peter hizo un gesto de asombro.

—¿Cómo ha podido caer tan bajo?

—Quise el poder, lo sigo queriendo... Y para llegar a ser un hombre fuerte se necesita mucho dinero.

—Está loco.

—No vuelvas a decir eso, o te mato antes de tiempo, Peter.

Duke intervino para impedir que Peter Astor cometiese una tontería, ya que le vio muy excitado.

—¿Por qué llevó su comedia tan lejos, señor Baxter?

—Era necesario.

—¿Por qué?

—Tenía que conseguir la información del satélite-espía.

—Usted supo dónde encontrarla antes de que yo le hiciese la llamada telefónica desde Los Ángeles.

—Sí.

—¿Cómo llegó a saberlo?

—Registrando las pertenencias de Mark Allyson encontré una factura y una fotografía. Mark Allyson había comprado un Buda de oro, el día anterior a su muerte. La fotografía era de Helen y en ella aparecía con su pulsera de oro en la muñeca derecha, pero entre los colgantes no estaba el Buda de oro.

—Comprendo. Sumó dos y dos.

—Y el resultado fue cuatro —sonrió Baxter.

—Por eso nos envió a Escarlata al hotel, y luego puso en marcha a sus matones disfrazados de policías...

—Escarlata se hizo cargo de todo el trabajo. Ya me había puesto en contacto con ella, antes de que usted me hiciese la llamada a Nueva York, pero decidí darme mucha prisa, porque tuve la impresión de que usted poseía inteligencia y coraje para burlarles a todos... No me equivoqué.

—¿Por qué no se quitó la máscara en el motel La Estrella de Plata?

—No pedía. Venían conmigo dos compañeros del FBI, y aunque uno de ellos fue muerto en seguida, quedaba el otro, Peter Astor.

Duke estaba conduciendo la conversación por donde quería. Ya había llegado al punto más importante.

—Usted preguntó a Pierre *el Francés* si conocía la identidad del Cerebro... Baxter dio un suspiro.

—Tenía la sospecha de que Escarlata me iba a traicionar. Lo, rubia dio un respingo.

—¿Qué dices, Errol?

—Te enamoraste de Leslie, querida.

—No, Errol.

—Sí, nena. Uno de los muchachos me informó de tus viajes secretos, a Ensenada, San Bernardino...

—Admito que fui allí con Leslie, pero fueron viajes inocentes.

—No seas cínica, Escarlata. Lo sé todo... Te puedo decir los hoteles donde te hospedaste con Leslie y el tiempo que estuvisteis en cada uno de ellos.

Las mejillas de la rubia se encendieron.

—Está bien, Errol. Quiero a Leslie y él me quiere a mí.

—¡Qué emocionante!

—Íbamos a decírtelo. Leslie y yo hemos pensado casarnos...

En el rostro de Baxter desapareció todo vestigio de humanidad.

—¿Sabes lo que has hecho, perra? Has traicionado a tu jefe, al hombre que te amaba... Al que estaba dispuesto a poner el mundo a tus pies, y le has traicionado a pesar de todas sus advertencias. Te lo dije, Escarlata. No consiento que una mujer me abandone... Pero tuve un sueño, Escarlata... Fue hace unas noches... Tú estabas tendida en el suelo, encadenada por los brazos y las piernas. Yo tenía un cuchillo en la mano, acerqué la hoja a tu garganta, y

entonces te dije: «Bésame o muere, Escarlata...». Sí, fue eso lo que te pedí... Quería decir en mi sueño que sólo podías quererme a mí, y si dejabas de hacerlo, morirías... ¿Y sabes cuál fue tu respuesta?

Baxter dejó correr unos segundos.

—Yo te la diré, Escarlata... Tú me dijiste: «Prefiero morir».

—¡No! —gritó Escarlata.

Baxter miró a los hombres que estaban en la puerta y uno de ellos la abrió. Un hombre entró a trompicones, porque había sido empujado por otros dos.

Era un joven bien parecido, de cabello y ojos negros, mentón hendido, nariz recta.

—¿Qué significa esto, señor Baxter? —gritó.

—Yo te lo diré, Leslie. Significa que ha llegado tu última hora...

—No le comprendo.

—Eres un estúpido, por eso no comprendes... Me quitaste a Escarlata. Debiste suponer que eso jamás podrías hacerlo sin recibir un castigo.

Leslie se mojó los labios con la lengua. Miró a Escarlata.

—No puede matar a Escarlata. Usted se iba a casar con ella.

Baxter le soltó un puñetazo en la cara y Leslie se desplomó en el suelo.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Leslie? ¿Crees que me puedo casar con Escarlata, después de haber sido tu amante?

Duke decidió que había llegado el momento de intervenir:

—Eh, señor Baxter... Ya que va a haber dos vacantes en su pandilla, quiero pedirle los puestos para Helen y para mí.

—No es momento para hacer chistes, Martin...

—Hablabas muy en serio. Siempre me ha gustado la seguridad... Ya sabe, un trabajo decente que rinda...

Imagino que usted seguirá siendo el inspector Baxter del FBI y al mismo tiempo el Cerebro.

—Sí, pienso seguir en el FBI durante algún tiempo. Pero no creo que sea mucho. Después de todo, el inspector Baxter va a fracasar en el asunto que tiene entre manos. Ro dará con el Cerebro...

Pero recibirá felicitaciones, porque acabó con Pierre *el Francés*.

—Sí. Eso no estuvo mal del todo. Ese pobre diablo de Pierre quería hacerme la competencia en el asunto del satélite-espía. Ya había recibido advertencias anteriormente para que dejase de

trabajar en nuestro país... Pero esta vez se sintió tentado de jugármela... Acabé con Pierre y ahora eliminaré, uno a uno, a todos los que trabajaron para él. Mis muchachos se encargarán de eso.

—De acuerdo, señor Baxter. Usted puede acabar con quien quiera, pero ¿por qué hacemos daño a Helen y a mí? Nosotros no trabajamos para el FBI, para Pierre *el Francés* ni para ninguna otra persona que pueda ser competidora de usted...

—Tienen que morir como los demás... Sabe demasiado, Martin. Usted es un tipo peligroso, porque es inteligente y no conoce el miedo.

—Se equivoca. Desde que llegamos aquí tengo el miedo metido en el cuerpo, y le aseguro que esta vez no es un chiste. Pienso en el pobre Lou Bates, mi compañero. ¿Qué sería de él, sin mí? ¿Y qué será del sargento Flagg, de la Brigada de Homicidios, si no tiene a Duke Martin para achacarle los asesinatos que descubra?

Duke se maldecía por lo bajo. Todo aquel diálogo lo había montado para que Leslie y Escarlata hiciesen alguna de las suyas para escapar. Había tenido presente que la rubia y su amante estaban condenados a muerte, y que, por tanto, lucharían por su vida si se les presentaba una oportunidad.

Ahora ocurrió.

Leslie saltó sobre uno de los hombres que estaban cerca de la puerta.

El, Duke, no se estuvo quieto, porque sabía que Baxter nunca le perdonaría la vida.

Se lanzó sobre otro de los pistoleros, pero en el camino pegó un puñetazo a Baxter, enviándole sobre uno de los tipos armados.

En la habitación, los personajes se movieron como si formasen parte de un filme de la Primera Guerra Mundial.

—¡Mátenlos! —gritó Baxter.

Duke atrapó una muñeca armada y la retorció con fuerza. El arma cayó a sus pies.

La tomó y se puso a disparar.

Leslie había conseguido también una pistola, pero le duró poco la alegría, porque Baxter le metió una bala por los dientes.

Escarlata se hizo cargo de la pistola de Leslie y disparó sobre Baxter, pero lo hizo sin puntería.

El inspector del FBI le metió un plomo en los intestinos.

La preocupación de Baxter por liquidar al hombre y a la mujer que le habían engañado, resultó buena para Martin, el cual agujereó por dos veces el estómago del Cerebro.

Peter Astor, el agente del FBI, luchaba en el suelo con uno de los espías. Ahora le dejó sin conocimiento.

Helen estaba tendida en el suelo, cubiertos los oídos con las manos, porque le molestaba tanto estampido.

La puerta se abrió y entraron dos tipos para incorporarse a la lucha.

Uno de ellos manejaba una metralleta, pero no llegó a ponerla en funcionamiento, porque Duke le pulverizó la cara con un plomo.

El otro dejó caer el arma y levantó los brazos al ver que en la habitación sus compañeros habían llevado la peor parte.

Peter Astor también tenía un arma en la mano, sonrió a Duke y se acercó a la mesa donde estaba el teléfono.

Baxter se estaba arrastrando hacia el lugar donde yacía Escarlata.

Estaba moribundo y respiraba con dificultad.

Quizá quería acercarse a la rubia para besarla, porque, después de todo, la amaba. Pero eso no se llegó a saber, porque expiró en el camino.

Helen y Duke estaban comiendo en un restaurante de Nueva York.

Lou Bates se acercó a ellos. Duke le había llamado desde el aeropuerto al hotel, citándole en aquel local.

—¿Cómo te fue sin mi compañía, Lou? —preguntó Martin cuando su amigo se hubo sentado.

—Tuve que enfrentarme con el sargento Flagg. Estaba empeñado en llevarme a la cárcel. He tenido que correr de un lado a otro para que no me pusiese las manos encima... Sabía que yo no podría defenderme, porque tú no estabas aquí. Sí, Duke. No sabes la cía de infierno que he pasado, mientras tú estabas en Los Ángeles divirtiéndote y pasándolo en grande con Helen.

Duke sacudió la cabeza.

—Sí, Lou. Helen y yo lo pasamos en grande.

Helen se echó a reír. Inclínose sobre Duke y le ofreció sus labios.

—Bésame o muere, Duke.

Martin se limpió la boca con la servilleta y dijo:

—Quiero vivir.
Entonces besó a Helen.

FIN

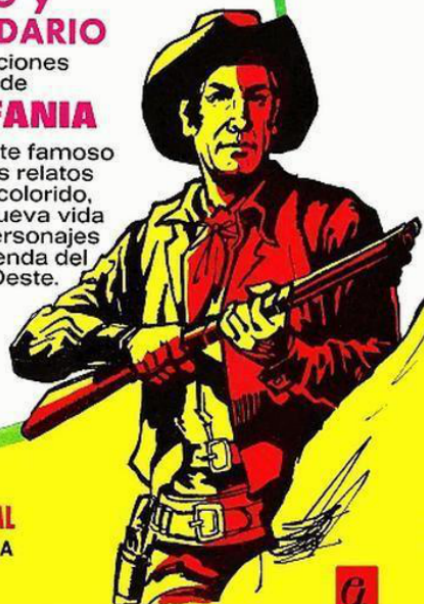
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Véase la aventura de Duke Martin y Lou Bates, que lleva por título Yo llenaré ese ataúd, número 176 de la Colección Punto Rojo, publicada por esta editorial. (Nota del editor). < <